

BOLSILIBROS

POLICIACA

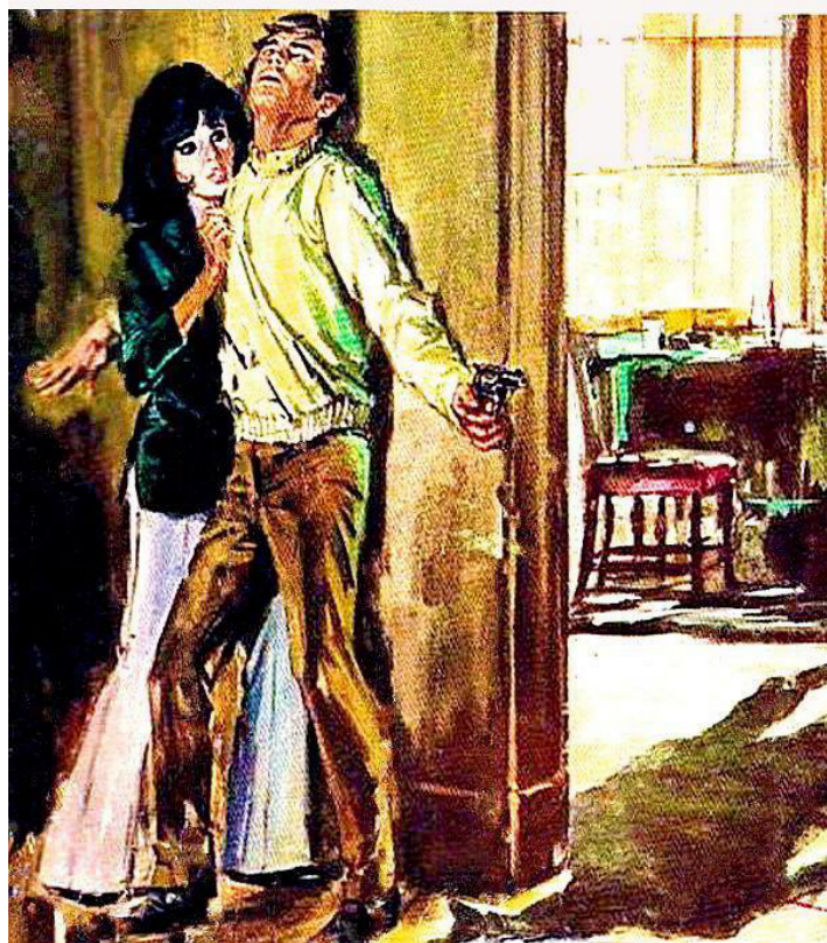
SERIE

SERVICIO SECRETO

la nueva ola de Scotland Yard



clark carrados



—Parker, esto es escandaloso. Hay un cadáver en la biblioteca.

El alto y delgado mayordomo de cara de palo se inclinó respetuosamente.

—Sí, *milady*... Perdón, ¿cómo ha dicho, *milady*?

La anciana señora, que estaba sentada en un cómodo butacón, no lejos de una chimenea encendida, se llevó los impertinentes a los ojos y miró de pies a cabeza a, su mayordomo.



Clark Carrados

La nueva ola de Scotland Yard

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1196

ePub r1.0

Titivillus 02-12-2019

Título original: *La nueva ola de Scotland Yard*
Clark Carrados, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Parker, esto es escandaloso. Hay un cadáver en la biblioteca. El alto y delgado mayordomo de cara de palo se inclinó respetuosamente.

—Sí, *milady*... Perdón, ¿cómo ha dicho, *milady*?

La anciana señora, que estaba sentada en un cómodo butacón, no lejos de una chimenea encendida, se llevó los impertinentes a los ojos y miró de pies a cabeza a, su mayordomo.

—Parker, no hablo en *urdu*, que es el idioma que se emplea en determinadas regiones de la India, y que aprendí allí hace más de cuarenta años, cuando mi padre era comandante de un escuadrón de lanceros de Bengala —dijo *lady* Agatha Mainwer-Cord—. Hablo en un perfecto inglés y he dicho que hay un cadáver en la biblioteca. ¿Está claro?

—Sí, *milady*. Con el permiso de *milady*, iré a avisar a la policía inmediatamente...

—A Scotland Yard, supongo.

—Sí, *milady*, a Scotland Yard.

—Resulta altamente desagradable, Parker. Es la primera vez que me encuentro un cadáver en la biblioteca y no quiero que vuelva a suceder, ¿entendido?

—Sí, *milady*, no sucederá más.

—El suelo ha quedado hecho un asco. Creo que tendremos que renovar todo el *parquet*. Y aquella maravillosa alfombra que mi marido trajo del propio Teherán en cierta ocasión... ¡Dios mío! ¿Qué habrá hecho Inglaterra para merecer un gobierno que permite que la gente se deje asesinar en la respetable mansión de una dama de la más rancia nobleza? —se quejó la anciana—. Por cierto, y ya que menciono al gobierno, póngame en comunicación con el número diez de la calle Downing. Quiero hablar con el primer ministro.

—Sí, *milady*.

El imposable Parker se acercó al teléfono, lo levantó y habló unas palabras. A los pocos momentos, se volvió hacia la anciana, quien

seguía leyendo una revista de sociedad, con ayuda de sus impertinentes de oro.

—*Milady*, tengo el sentimiento de comunicarle que el primer ministro se halla de vacaciones —anunció.

—¡Qué país! —exclamó *lady* Agatha—. El primer ministro, en lugar de gobernar, que es lo suyo, se marcha a holgar, dilapidando así el dinero de los contribuyentes. Parker, dígame, ¿me ha servido de algo votar por el primer ministro?

—Con su permiso, *milady*. No quisiera herir sus sentimientos, pero mi voto fue a otro candidato —declaró Parker.

—Laborista, sin duda.

—El respeto que le debo a *milady* no me impedirá recordarle que el voto es secreto, *milady*.

—Está bien, está bien... —refunfuñó la anciana—. Dejemos a un lado la política y volvamos a lo que nos importa. Hay un cadáver en la biblioteca. Encárguese de avisar a la policía y luego a los servicios de Higiene y Desinfección de Westerdling.

—Sí, *milady*.

Parker dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Pero antes de que su enguantada mano derecha tocara el historiado picaporte, *lady* Agatha le llamó de nuevo:

—¿Parker?

—¿*Milady*?

—Tenga la bondad de avisar a mi sobrina Fanny que venga a verme inmediatamente. Y, una pregunta personal, Parker.

—¿Sí, *milady*?

—¿Ha sido usted el asesino?

El impasible mayordomo perdió un instante la impasibilidad.

—¡*Milady*! —exclamó.

—Hombre, como en todas las novelas policíacas el asesino suele ser el mayordomo, yo pensé que... Pero ya veo, por su cara, que usted no es el asesino. Lo celebro, Parker.

—Gracias, *milady*. Ahora mismo iré a avisar a la señorita Fanny. De repente, se oyó un agudo chillido en otro sitio de la mansión.

Lady Agatha meneó la cabeza y dijo:

—Ya no es necesario que la avise, Parker. Si no me engaño, mi sobrina Fanny estará aquí antes de diez segundos.

—El muerto se llama Allen Shaine, *milady* —dijo el inspector Roberts, de Scotland Yard—. Por el momento, no puedo facilitarle más detalles porque tengo que recabar informes de los archivos. Se los daremos, así los tenga en mi poder.

—Muy amable, inspector —contestó la anciana.

—Según el forense, Shaine murió a consecuencia de dos puñaladas, ambas mortales de necesidad. Yo diría que fue sorprendido por detrás por el asesino, quien le tapó la boca con una mano, mientras con la otra usaba el cuchillo.

—Indecoroso —refunfuñó *lady* Agatha—. Atreverse a cometer un crimen en mi propia casa. Pero ¿en qué país vivimos, inspector? Roberts emitió una sonrisa de circunstancias, mientras contemplaba furtivamente a la hermosa joven que estaba en pie, junto al sillón ocupado por la anciana.

—Lo siento, *milady* —dijo el policía—. Estamos en unos tiempos en que ya no se respeta la ley, y la honradez y la decencia brillan por su ausencia. Pero haremos todos los posibles por capturar al criminal.

—Eso espero, inspector, o empezaré a dudar de la capacidad y competencia de los hombres del Yard.

—Hacemos lo que podemos, *milady* —contestó Roberts, resignado a escuchar las agrias críticas de la que estimaba una vieja chiflada y decadente—. Dos de mis hombres están interrogando a la servidumbre, mientras los expertos tratan de encontrar huellas en la biblioteca. Permítame que la felicite, *milady*, por su acertada orden de que nadie tocara nada en el escenario del crimen.

—Me pondrán perdida la biblioteca —se quejó *lady* Agatha—. Pero si no hay otro remedio...

—Es inevitable, señora. Parece ser que entraron dos hombres a robar y que, una vez dentro, discutieron y uno de ellos apuñaló al otro. ¿Ha notado usted la falta de algo valioso?

—Pues, no, inspector, no me falta nada de valor, aunque de sobras me imagino lo que venían a buscar esos ladrones.

—¿Sí? Dígamelo, por favor, *milady*.

La anciana se lo dijo. El inspector Roberts puso una cara de idiota imponente.

—¡Señora! —barbotó.

No sabía qué pensar. Aquella vieja o estaba loca o le tomaba el

pelo.

—Pero, *milady*...

—¿Es que cree que le miento? Ese objeto es una de las más preciadas posesiones de los Mainwer-Cord y pertenece a la familia desde hace más de ochocientos años. El valor intrínseco del oro y las piedras que lo adornan no es grande, bien mirado, no pesa más allá de tres kilos en total. Pero el valor artístico, conjugado con el histórico, le convierte en una joya única.

Roberts se pasó una mano por la cara. Luego miró a la muchacha que estaba en pie junto al sillón. «Hermosa, pero fría y distante. Cuando sea vieja, se portará igual que *lady* Agatha», pensó.

—Indudablemente, señora. Pero ¿puede decirme si todavía conserva esa..., esa joya en su poder?

Lady Agatha sonrió sibilinaamente.

—Está en casa y ni el ladrón más hábil podría encontrarla jamás —contestó.

—Lo celebro infinito. Quizá entonces haya de buscarse otros motivos del crimen.

—No. Yo estoy segura de que los ladrones buscaban la joya y que discutieron por ella. Pero querían vender la piel del león antes de cazarlo.

—Indudablemente, *milady*. Bien, de todas formas, ha sido usted muy amable al soportar nuestra presencia en su casa. Le aseguro que Scotland Yard hará todo lo posible por encontrar al asesino.

—Y por evitar que se cometan más crímenes aquí, inspector, no lo olvide —dijo *lady* Agatha.

—Sí, señora. Señorita Reid...

El inspector marchó. La anciana y su sobrina quedaron a solas.

—Fanny —llamó *lady* Agatha.

—Dígame, tía.

—Fanny, quiero que... Oh, ¿por qué te pusieron un nombre tan vulgar? ¿No podían haberte llamado tus padres de otra manera más elegante? Minerva, por ejemplo, es precioso...

—A mi padre le gustaba el nombre de su esposa y por eso lo repitió en mí, tía —contestó la joven.

—Sí, ya sé, mi primo, tu padre, fue siempre el rebelde de los Reid —refunfuñó la anciana—. Pudo haberse casado magníficamente...

—Hizo una boda magnífica, tía. Mientras vivieron, mi padre y mi

madre se amaron intensamente y fueron extraordinariamente felices.

—¿Qué sabes tú? Bah, pura apariencia...

—Vivía con ellos, *tía*, recuérdalo...

—Está bien, está bien, no mencionemos más ese tema. Me pone frenética, no puedo evitarlo. Por fortuna, tú eres distinta; la sangre de los Reid luce en ti con todo su esplendor. Serás una dama distinguida y elegante, como yo quise siempre que lo fueras; manteniendo a distancia a los que no son de tu clase y comportándote en todo momento con su Majestad, a quien Dios proteja largos años. —*Lady* Agatha se inclinó reverentemente un instante y prosiguió—: Pasado mañana llega lord Algernon Bythewell. Es el hombre adecuado para ti, Fanny; a fin de cuentas, ha llegado ya la hora de que empieces a pensar en el matrimonio.

—¿Cómo? ¿Algy Bythewell, ese pedante estúpido? —exclamó Fanny, sin poder contenerse.

—El mismo, sobrina. No es muy rico, pero tiene un magnífico empleo como asesor artístico de una gran firma de anticuarios de Londres. Pero su ascendencia noble es indiscutible y, además, no olvides que yo no soy eterna. Harlton Manor, con todo lo que contiene y las tierras que lo rodean, será tuyo algún día.

Fanny apretó los labios. Era preferible no discutir el tema. Porque cada vez que veía a Algy Bythewell sentía náuseas.

* * *

—De modo que los ladrones venían a buscar una valiosa joya —dijo el agente Ransome.

—Así es, Bill —confirmó el inspector Roberts, mientras cargaba su vieja pipa—. Por lo visto, esa joya es muy antigua y está maravillosamente labrada, según dice la vieja *lady*. Es lógico que si los ladrones, enterados de su existencia, quisieran apoderarse de ella.

—Pero tiene que estar muy bien escondida, si la vieja dice que no la han encontrado.

—Así es, y ni siquiera a mí ha querido enseñármela, por lo que he de pasar por su palabra. De todas formas, lo que más me preocupa

es el crimen en sí. ¿Ninguno de ustedes ha oído hablar alguna vez de Allen Shaine?

Los hombres que acompañaban al inspector negaron repetidas veces la cabeza. Para todos ellos resultaba extraño el nombre de Shaine.

—Bien, creo que esto va a resultar más complicado de lo que parece —dijo el inspector—. Consultaré con mi jefe y creo que aprobará mi idea, consistente en enviar a un hombre para que vaya investigando en Harlton Manor y en Westerdling. Peter Brown creo que es el hombre adecuado.

Ransome se quitó el sombrero al oír el nombre.

—¡Dios salve a *lady* Agatha! —exclamó, con fingido acento de dolor.

—No sea mordaz, Bill; Peter es mucho mejor de lo que parece —rezongó el inspector.

—Por cierto —exclamó el agente Owlins—, ¿qué clase de joya es la que pretendían robar los ladrones?

Roberts lo dijo. Una expresión de incredulidad apareció al instante en cuatro o cinco rostros.

Owlins tenía la boca abierta.

—Un ori...

—¡Cuidado! —dijo Roberts, con cierta aspereza—. Es preciso emplear el eufemismo adecuado. Aunque sea de oro y piedras preciosas, y esté lleno de grabados artísticos, no deja de ser un vaso de noche.

—Los antiguos eran muy refinados —dijo Ransome, sarcásticamente—. ¿Es que se sentían más descansados si usaban vasos de noche de oro y artísticamente trabajados?

CAPÍTULO II

El hombre era joven, pues no contaría aún treinta años; de mediana estatura, pelo fino y claro y usaba gafas de gruesa montura, que le daban aspecto de profesor universitario recién conseguida la cátedra. Viajaba en un destartelado vehículo, cuya apariencia hacía reír a los que se cruzaban con él en la carretera. Los que no se reían, era porque pensaban que el coche se iba a desintegrar en el momento menos pensado.

Tarareando una canción de letra bastante atrevida, Peter Brown enfiló la gran avenida bordeada de tilos que concluía en Harlton Manor. El coche se detuvo ante la mansión, pegó un par de estampidos y tras unas cuantas sacudidas espasmódicas, se quedó quieto del todo.

Brown saltó al suelo y le dio una palmadita sobre la tapa del motor.

—Bravo, «Rocinante», te has portado estupendamente —exclamó alegre.

Acto seguido subió la escalinata a paso gimnástico, con los codos pegados al suelo.

—Un, dos..., un, dos...

La puerta de Harlton Manor se abrió antes de que llegase. Brown se quitó el sombrero, sin dejar de marcar el paso.

—Hola, soy el agente Brown, del Yard —saludó—. Un, dos..., un, dos..., un, dos...

Parker le miró con desagrado.

—¿Seguro? —preguntó.

—Sí, le enseñaré mis credenciales...

—Si *milady* le ve así, se llevará un disgusto...

—Ah, la vieja chiflada; he oído hablar de ella. A mí me chiflan las viejas chifladas, Jenkins. ¡Ja, ja, ja...!

—Perdón, señor, pero me llamo Parker...

—No me extraña; tiene usted todo el aspecto de una pluma estilográfica. Un, dos..., un, dos... Tomlins, ¿quiere avisar a *milady*? Dígale que el cuarto nieto bastardo de Sherlock Holmes está aquí y desea besar su blanca, aunque arrugada mano. O

arrugada, pero blanca mano. También besaré su nivea cabellera, si lo desea. Vamos, hombre, muévase. Un, dos..., un, dos...

Parker levantó los brazos al cielo.

—La nueva ola —dijo.

—Justo, la nueva ola del Yard, Simmons —corroboró Brown con amplia sonrisa—. Bueno ya he hecho el ejercicio cotidiano. Ahora vamos a ver qué tal se ven las cosas por aquí dentro. ¡Vaya choza!

—Silbó admirado, al cruzar el umbral de la puerta.

Parker tosió.

—Señor, el calificativo de choza, si me lo permite, no...

Brown le palmeó afectuosamente un hombro.

—Sí, ya lo sé, es un poco exagerado; en realidad, es un poco menos que el Palacio de Buckingham —dijo—. Pero no está mal del todo. Y el suelo... ¡qué suelo!

Era de madera clara y espejeaba. El vestíbulo era enorme y a la izquierda se veía una gran escalinata que conducía al piso superior. Brown avanzó un paso y, de pronto, resbaló.

—¡Que me mato! —gritó, mientras avanzaba a toda velocidad por el reluciente entarimado, agitando los brazos frenéticamente para mantener el equilibrio.

De repente, pasó ante un gigantesco jarrón de porcelana. Alargó los brazos y se abrazó a él, pero siguió su camino a toda velocidad.

Parker cerró los ojos. La catástrofe era inminente.

De pronto, Brown se desvió a su izquierda, y siguió patinado, como si estuviera en una pista de hielo, agarrado todavía al jarrón. Parker le contemplaba con la boca abierta, quizá perdida la impasibilidad por primera vez en su vida.

Brown se le acercó como una centella.

—¡Ahí va, Collins! —gritó.

El jarrón voló por los aires. Parker sudaba cuando lo recogió a escasos centímetros del suelo. Mientras, Brown seguía con sus evoluciones, al compás de la música del *Danubio Azul*, que él mismo tarareaba.

Una hermosa muchacha apareció de pronto por una puerta. Fanny se quedó atónita al ver a aquel estrafalario individuo que se movía alegre e insensatamente por el vestíbulo.

—¡Parker! —gritó ella.

—Se..., señorita... —dijo el aturdido mayordomo.

Brown se acercó a Fanny y la agarró por el talle y por una mano. Fanny intentó resistirse, pero todo fue inútil. Aquel hombre era un ciclón con gafas, se dijo la muchacha, mientras se veía obligada a valsar sin ninguna gana.

De repente, se abrió la puerta. *Lady* Agatha apareció en el umbral con los impertinentes sobre los ojos y apoyada con la mano libre en un valioso bastón de Malaca, con puño de marfil.

—¡Parker! —exclamó la anciana—. ¿Desde cuándo sustituye usted a la columna que sirve de pedestal a ese jarrón?

El rostro del mayordomo se puso rojo como una langosta.

—Perdone, *milady*, pero este individuo...

Parker echó a andar, pero, de repente, resbaló y cayó de espaldas. El jarrón voló por los aires.

Brown soltó a la muchacha y se lanzó hacia adelante, en un auténtico *plongeon* de *rugby*. El jarrón rozaba ya el suelo cuando sus manos lo detuvieron con un auténtico alarde de agilidad y destreza. Todavía dio un par de ágiles volteretas sobre sí mismo, antes de incorporarse con un salto funambulesco.

—He salvado el jarrón, *milady* —dijo, satisfecho.

Agatha le contemplaba estupefacta.

—¿Quién es usted, joven? —preguntó.

—Peter Brown, del Yard, señora —respondió el recién llegado alegremente—. El hombre que va a descubrir al asesino y a evitar que los ladrones se lleven la más preciada joya de la familia Mainwer-Cord.

Fanny echó a andar con paso firme hacia la salida.

—¿Adónde vas, sobrina? —preguntó *lady* Agatha.

—A comprar una tienda de campaña, tía. Si este hombre sigue aquí veinticuatro horas más, tendremos que acampar al aire libre, porque se llevarán hasta el último ladrillo de la casa —respondió la muchacha cáusticamente.

—Mordaz en exceso —comentó Brown, sin inmutarse—. Hawkins, tenga la bondad de entrar mi equipaje a la sala donde pienso hablar con *milady* —ordenó a continuación.

Y, sin más, se acercó a *lady* Agatha y le puso una mano en el hombro con gesto confianzudo:

—¿Qué, hablamos un ratito a solas, buena mujer?

Parker se sentía horrorizado. Extrañamente, *lady* Agatha parecía

muy satisfecha. —Entre, joven, entre, y hablaremos largo y tendido — accedió.

* * *

—Yo creía que los policías no bebían cuando estaban de servicio — dijo la dueña de Harlton Manor.

—Calumnias, señora, calumnias —contestó el joven—. Los hombres del Yard somos todos unos dipsómanos empedernidos, aunque no lo demostremos, por supuesto. Ah, se me había olvidado decirle una cosa.

—Le escucho, joven.

—Abuelita, llámeme Pete, como hace todo el mundo. Me disgustan los tratamientos, ¿sabe?

—Muy bien, Pete, ¿qué es lo que tenemos que discutir ahora?

Brown se arreó otro tiento al vaso que tenía en la mano. Luego se sentó en un cómodo butacón y puso los pies sobre una mesita que estaba a su lado.

—En primer lugar, le diré que ignoramos por ahora la identidad del asesino de Shaine —manifestó—. Pero de Shaine le podemos decir que pertenecía a una banda de contrabandistas de obras de arte.

—Oh —murmuró la anciana.

—Es indudable que Shaine y su compinche vinieron aquí a robar la joya de la familia. Oiga, *milady*, ¿eran tan remilgados sus antepasados que no podían utilizar unos..., unos recipientes de vulgar barro?

—Claro que sí, y también los tenían de estaño, pero aquél era el de los días de fiesta.

—Querrá decir de las noches de fiesta, *milady*.

—Los días o las noches, ¿qué más da?

—Mujer, es que un cacharro como ése sólo se usa por las noches. O se usaba, mejor dicho. Pasaron a mejor vida con la invención del cuarto de baño.

Lady Agatha le miró extrañada.

—Pero ¿qué está diciendo usted, Pete? —exclamó.

—No me haga mucho caso, *milady* —sonrió el joven—. Por cierto, y aunque sea a título de mera curiosidad, ¿qué cabida tiene el

recipiente?

—Bueno, nunca lo he medido... Pero yo diría que... un cuarto de litro, más o menos.

Brown puso cara de tonto.

—¿Sólo eso, señora?

—¿Para qué necesitaba más? Lo usaba con mucha frecuencia, por tanto, no precisaba de mayor contenido.

—Cosas raras de la antigüedad —observó Brown—. Los hombres del medioevo hacían cosas de las que nosotros no tenemos la menor idea. Pero volviendo al mismo tema; sospechamos que es muy posible que insistan en robarle ese..., esa joya, señora. Y por eso estoy yo aquí, para evitarlo y para detener al asesino.

CAPÍTULO III

Lady Agatha miró burlonamente al desenvuelto individuo que tenía frente a sí.

—¿Usted? —dijo.

—Sí, *milady*, no le quepa la menor duda. Y, por si no me cree, le diré que vengo magníficamente pertrechado, cosa que le demostraré dentro de unos momentos. Supongo que podré interrogar a la servidumbre —añadió Brown.

—Tiene usted plena libertad para hacer lo que crea más conveniente, Pete.

—Gracias, señora. Y ahora, dígame ¿quién es esa chica tan antipática que parece desear mi fracaso?

—Se llama Fanny Reid y es mi sobrina. No tiene familia y vive conmigo desde hace un par de años.

—¿Conoce ella el escondite de la joya?

—Por supuesto, Pete.

—¿Quiénes más lo conocen, *milady*?

—Parker y el ama de llaves, la señora Kears. Pero yo soy la única que conoce la combinación de apertura de la caja fuerte donde está guardada la joya.

—¿Sólo usted?

—Nadie más, Pete.

—Eso no es bueno. ¿Qué pasaría si usted falleciera?

—La combinación está escrita en un papel, guardado en un sobre sellado y lacrado, el cual está unido a mi testamento, que se halla en poder de mi notario. Mi heredera, por tanto, podría convertirse sin dificultad en la dueña de la joya.

—Su heredera... Fanny Reid.

—Exacto.

—Guapa chica, pero de palo, *milady*. Lamento tener que decirle que respeto su decisión de no divulgar la combinación de la caja fuerte, pero a mí tendrá que enseñarme el sitio donde está escondida.

—Ahora mismo...

Brown alzó una mano.

—No, no se moleste —sonrió—. Estoy ligeramente cansado. Mañana por la mañana, después del desayuno. Ahora, como dije antes, voy a enseñarle mis pertrechos defensivos. U ofensivos, según las circunstancias.

Los ojos de la anciana se fijaron en una enorme maleta que había traído Parker con el resto del equipaje del original huésped; Parker sudaba al dejar la maleta en el suelo, recordaba *lady* Agatha, lo que indicaba que era muy pesada.

Brown se acercó a la maleta y se acuclilló para abrirla. Al levantar la tapa, *lady* Agatha vio algo que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

Había una pistola ametralladora de espantable aspecto, con una docena de cargadores, seis bombas de mano y dos revólveres calibre 38. Además, vio unos tubos de unos cuarenta centímetros de largo, cuya utilidad no se le alcanzó por el momento.

Junto a los tubos, que eran tres, había cuatro extraños artefactos que le parecieron pequeños proyectiles de mortero. Los revólveres estaban provistos de silenciador.

Brown sacó los tubos y los empalmó por medio de una rosca que llevaban en uno de sus extremos. Uno de los tubos tenía una empuñadura semejante a la de una pistola.

—Un estupendo lanzagranadas, *milady* —anunció, sonriente—. A cien pasos de distancia, puede hacer pupa bastante a un tanque pesado.

—Pero ¡hombre de Dios! ¿Para qué necesita usted un lanzagranadas?

—Ah, nunca se sabe, *milady*. Siempre lo llevo conmigo, desde mis buenos tiempos de espía al servicio de Su Majestad. Jamás me desplazo sin esta maleta, ¿sabe?

—Es un arsenal. Pete —dijo la anciana, pasmada.

—El Yard se moderniza, son los tiempos —rió Brown. De pronto, dejó el tubo a un lado, se inclinó y sacó uno de los revólveres—. Muy útil según las circunstancias.

—¿Qué circunstancias? —preguntó ella.

—¡Ahora, por ejemplo!

El revólver disparó repentinamente. *Lady* Agatha se sobresaltó, a pesar de que el arma no hizo apenas ruido.

Pero en la ventana saltó un cristal. Antes de que la anciana pudiera

reponerse, Brown corrió hacia adelante y abrió de golpe.

—¡Alto, deténgase! —gritó.

—Pete, ¿qué sucede? —chilló *lady* Agatha.

Brown saltó ágilmente a través de la ventana y corrió por el jardín a toda velocidad. Vio que el hombre a quien perseguía saltaba un poco al llegar a determinado punto, pero no comprendió el motivo de su gesto, hasta que sus piernas tropezaron con un cordel tendido de lado a lado, entre dos árboles.

La caída fue terrible. En el último instante, Brown pudo aminorar sus efectos, contorsionándose acrobáticamente. De lo contrario, se hubiera estrellado contra un banco de piedra situado a poca distancia.

Furioso, se levantó. El intruso había desaparecido ya.

Pero, se dijo, no habría llegado a pie. Corrió hacia la verja que cerraba el jardín y pudo ver un coche que se alejaba raudamente.

La distancia era grande ya, aunque no dejó de apreciar ciertos detalles en el coche, que guardó en su memoria. Regresó por el mismo sitio y entró de nuevo en la sala, donde *lady* Agatha esperaba, en unión de su sobrina.

—Pete —dijo la anciana—, ¿querrá usted explicarnos el porqué de su incongruente actitud?

Fanny le miraba fijamente, con el rostro impenetrable. Brown la estudió unos momentos su cara y luego volvió los ojos hacia la dueña de la casa.

—Lamento haberme comportado de esta forma tan inusual e, incluso, desconsiderada, *milady*; pero cuando yo disparé, fallando desafortunadamente mi blanco, había un individuo al otro lado de la ventana. Tenía una pistola en la mano y apuntaba directamente a su espalda *lady* Agatha.

* * *

Por la mañana hacía mucho frío. Los árboles y las plantas del extenso jardín que rodeaba Harlton Manor estaban cubiertos de escarcha. Fanny se levantó de la cama, metió los pies en unas cálidas zapatillas y envolvió su esbelto cuerpo en una bata. Luego se acercó a la ventana, con ánimo de ver el tiempo que hacía.

De repente, divisó algo que la dejó estupefacta.

Había un hombre vestido con un mínimo de prendas, que corría a paso gimnástico por los senderos del jardín. De cuando en cuando, se detenía y, aunque no se veía el sol, hacía unos cuantos ejercicios de «sombra» con los puños, como si fuese un boxeador entrenándose para su próxima pelea.

El hombre usaba gafas; por eso lo reconoció Fanny. La indumentaria del agente Brown semejaba la de un corredor de *cross-country*. Incluso llevaba el número cosido en la pechera de su blanca camiseta, pero era pequeño y no podía verlo a causa de la distancia.

Sin embargo, en la próxima ocasión, cuando él dio media vuelta, vio una etiqueta mayor.

El número resultaba así perfectamente identificable: el 13.

—Pero ¿es posible que en Scotland Yard puedan admitir a personas como ese lunático? —se dijo Fanny, completamente atónita.

Y como no era cosa de quedarse junto a la ventana, contemplando los demenciales ejercicios de un sujeto que no parecía estar bien de la cabeza, se dirigió a su armario ropero, a fin de elegir el vestido que llevaría puesto durante el día.

Fanny solía desayunar en el comedor, mientras *lady* Agatha, quien, por la edad, ya no era madrugadora, lo hacía en su propia cama. La muchacha terminaba el desayuno cuando, de repente, le pareció que tronaban trompetas del Juicio Final en el piso superior.

El estruendo era horroroso. Incluso algunos de los cristales vibraron, sacudidos por la formidable potencia de las ondas sonoras. Fanny se puso en pie instantáneamente y echó a correr en busca del origen de aquel aterrador estrépito.

Parker, la señora Kears y un par de doncellas, asomaban asustados al vestíbulo. Ninguno de ellos comprendía lo que sucedía.

Fanny subió al piso superior. Orientándose por los sonidos, llegó ante una puerta, que golpeó fuertemente con los nudillos, a la vez que gritaba para que la abriesen.

Pero nadie le hizo el menor caso, de modo que tuvo que abrir ella misma. Entonces vio a Peter Brown, con la cabeza en el suelo y los pies para arriba, vestido con una especie de mono blanco de entrenamiento deportivo.

El tocadiscos estaba en un rincón. Indignada, Fanny se fue hacia el

aparato y lo desconectó.

Brown recobró la postura normal.

—¿Por qué interrumpe mis meditaciones? —exclamó.

—Pero ¿es que no se da cuenta? ¿Qué clase de hombre es usted? ¿Por qué nos han enviado aquí a un loco? —exclamó Fanny, roja de ira.

—Señorita Reid, mucho me temo que usted no entiende el *quid* de la cuestión. ¿Qué importa cómo se consiga, si se consigue? ¿No ha leído usted al famoso Tsu-Tsi-Ho, que vivió cinco mil años antes de Confucio?

—Confucio y usted me importan...

Brown chistó un par de veces para interrumpirla, sin dejar de sonreír.

—Esa frase es de Tsu-Tsi-Ho, que fue un manantial de sabiduría. Y, a propósito, puesto que ha venido a mi habitación, voy a hacerle unas preguntas.

Fanny dio media vuelta.

—No le contestaré —dijo despreciativamente.

—En estos momentos soy la ley, señorita.

Ella se detuvo y le miró por encima del hombro.

—Así marcha el país —dijo, con cáustico acento.

—Es posible, —admitió él, indiferente—. ¿Puede decirme si a su tía le han hecho alguna oferta de compra por la joya?

—Sí, pero nunca ha querido vender. No le hace falta el dinero y, además, dice que la joya no debe salir de la familia.

—Se comprende —sonrió Brown—. ¿La ha visto usted?

—Sí, algunas veces. Es de oro puro y los relieves y piedras preciosas que hay en ella le confieren un altísimo valor.

—Perteneció, según creo, al segundo conde de Mainwer, cosa que sucedió hará unos setecientos años. Después, el apellido se modificó ligeramente y pasó a ser Mainwer.

—Así es —confirmó Fanny—. Hace ciento cincuenta años, el decimoctavo conde agregó el apellido Cord, como homenaje a su esposa y para que sus descendientes pudieran llevarlo.

—Un hombre sentimental —comentó el policía—. Pero volviendo al primer dueño de la joya, que fue el segundo conde... ¿Qué idea le daría de construirse un artefacto semejante?

—No fue el único, supongo. Era costumbre entre los nobles y aun

entre los plebeyos. Claro que también dependía de la clase social y de tener más o menos dinero para pagar al orfebre.

—Eso es cierto. Oiga, ¿sabe que el segundo conde de Mainwer debía de ser un hombre chiquitín?

—¿Chiquitín? —repitió ella estupefacta—. Era un tipo gigantesco; pesaba más de doscientas cincuenta libras y medía casi nueve pies.

—¿Y se conformaba con un recipiente semejante?

—Hombre, claro; cuando tenía necesidad de más, cosa que sucedía por haberlo vaciado, volvía a llenarlo, para vaciarlo casi en el acto.

Brown se quedó mirando a la muchacha con cara de idiota.

—¿Eso hacía Mainwer II? —preguntó.

—Es más, la historia cuenta que el conde quería que lo primero que vieses sus ojos al despertarse por las mañanas, fuese esa joya.

—Pero si sólo cabe un cuarto de litro...

—¿Y no le parece suficiente para primera hora de la mañana?

Brown se pasó una mano por los ojos.

—Las cosas que hacían esos hombres del medievo —murmuró—. Y pensar que a mí me llaman chiflado...

—Con toda justicia, señor mío —dijo Fanny secamente.

—Todo depende de los puntos de vista. Ah, a propósito, otra pregunta.

—Sea breve, señor Brown; tengo mucho que hacer.

—Oh, no es una pregunta muy larga. Se trata solamente de su mayordomo.

—No es mi mayordomo, sino de *milady* —corrigió Fanny.

—Lo mismo da. ¿Confía *milady* en él?

—Ah, pero ¿es que se cree usted que Parker es un mayordomo de película, que luego resultará el asesino?

—Su pregunta encierra un sarcasmo innecesario. De momento, para mí, Parker es el principal sospechoso.

Fanny lanzó una hiriente carcajada.

—Ahora mismo hablaré con mi tía —dijo—. Estoy segura de que, antes de diez minutos, está pidiendo su relevo al ministro del Interior, señor Brown.

El joven no se inmutó por la burla de que era objeto.

—Vaya a ver a *milady*, señorita Reid —contestó—. Estoy seguro de que se va a llevar una buena sorpresa.

CAPÍTULO IV

—Ese hombre está chiflado, tía, verdaderamente chiflado —dijo la muchacha poco más tarde.

Cuando estaba en la cama, *lady* Agatha, por comodidad, usaba lentes con cerco de oro. Dejó que los lentes cabalgasen sobre la punta de su nariz y miró a Fanny por encima del borde superior.

—No te precipites en tus juicios, sobrina —contestó—. Admito que el señor Brown es un poco raro, pero no se puede negar que tiene valor y sangre fría. Lo demostró ayer, cuando disparó contra el hombre que quería asesinarme.

—Quizá fue solo una invención suya...

—Fanny, yo vi a un tipo que corría. Encontramos la cuerda atravesada, con la que tropezó el señor Brown al perseguir al asesino frustrado. Eso indica que el hombre que quiso matarme, había previsto la eventualidad de una retirada a toda velocidad, como así sucedió.

—Pero, a pesar de todo... Y ese tocadiscos, puesto al máximo de volumen... Sus carreras en uniforme de deporte por el jardín... ¡Nunca había visto hacer yoga con música a gran orquesta!

—Debe de ser una nueva clase de yoga —sonrió la anciana—. Pero, si quieres que te diga la verdad, a mí me simpatiza ese chico.

—Tía, por Dios —se escandalizó la muchacha.

—Pete será un chiflado, si tú quieres, pero me parece que de tonto no tiene un pelo. Es valeroso y, además, leal. Se puede confiar en él.

—¿Cómo lo sabes, tía?

—Muy sencillo, porque ha pasado la noche en mi dormitorio.

—¡Aquí! —dijo Fanny explosivamente.

Lady Agatha sonrió.

—Como un perro fiel, sobre unas pieles y atravesado ante la puerta, pero por la parte de adentro, naturalmente —explicó—. Me siento atónita —confesó ella.

—Lo encuentro lógico, muchacha. Pete es una fuente continua de sorpresas, pero, repito, de tonto, nada.

—Sospecha de Parker. Me lo ha dicho a mí y yo no lo creo. ¿Cómo

puede decir tal cosa de un hombre que lleva casi veinte años a tu servicio?

—Sus razones tendrá, ¿no crees?

—¿También tú sospechas de él?

—Yo sospecho de quien sospeche Pete, sobrina.

Fanny alzó los brazos al cielo.

—Creo que jamás te comprenderé, tía —clamó.

Lady Agatha reía maliciosamente.

—Pues tú tampoco tienes nada de tonta —contestó—. ¿Por qué no empiezas a usar tu cabeza?

Ella no hizo caso de la observación.

—¿Dónde está ahora ese disparate de hombre? —preguntó.

—Supongo que en el pueblo.

—¿En Westerdling?

—Sí, allí me ha dicho que se iba, aunque no me garantizó la hora de regreso.

* * *

Peter Brown, convenientemente vestido, había pasado largas horas en una colina boscosa, observando el pueblo por medio de unos prismáticos. Westerdling era más bien una aldea, cuyas casas aparecían limpias y cuidadas. La carretera pasaba por el centro de la población, aunque a la salida hacia el norte, había dos desviaciones: una hacia el oeste y otra al nordeste.

Brown trataba de vigilar los movimientos de algunas personas de la población, así como el tránsito de vehículos. Fue una labor no fatigosa, aunque sí llena de aburrimiento. Por fin, a las cinco de la tarde, creyó haber conseguido su objetivo.

La distancia era de unos ochocientos metros. Guardó los prismáticos en la funda y caminó con paso natural. Poco después llegó a la carretera y, unos diez minutos más tarde, entraba en el pueblo.

Los coches estacionados a ambos lados de la calle principal eran más bien escasos. A Brown le interesaba sobre todo el automóvil de color verde oscuro, al que le faltaba el fragmento izquierdo del parachoques posterior. Le quedaban solamente el trozo mayor, central, y el derecho.

El automóvil que había llamado su atención estaba parado frente a

la posada local, que era también taberna. La posada tenía un título relativamente vulgar: El León Rojo. Abrió la puerta y entró en la sala dedicada a taberna.

Era como otras tantas. Una rolliza *barmaid*, de abundantes encantos pectorales, atendía a los clientes. Dos o tres de ellos se entretenían con el tradicional juego de dardos.

Sentado a una mesa, solo, había un hombre de hosco aspecto, vestido corrientemente y tocado con una gorra a cuadros, cuya visera le caía sobre los ojos. Delante de sí, el individuo tenía una jarra de cerveza, prácticamente intacta.

Brown adoptó una expresión intrascendente y se acercó a los jugadores.

—Hola, amigos —saludó—. ¿Me admiten en la partida?

Los jugadores le miraron con cierta extrañeza.

—Sé tirar un poco a los dardos —añadió el joven—. Es un juego que me gusta mucho; todavía no comprendo por qué no lo admiten en las Olimpiadas. Estoy seguro de que alguno de ustedes se llevaría una medalla de oro.

—Bab, tiramos corrientemente —dijo un jugador.

—Pero si se quiere apostar unas cervezas con nosotros... —añadió otro.

El forastero sonrió, mientras se apoderaba de tres dardos.

—Con mucho gusto, amigos míos —dijo—. Ah, permítanme que me presente: Peter Brown, oficial de policía de Scotland Yard.

—¿El hombre que ha venido a descubrir al asesino de Harlton Manor? —preguntó uno de los jugadores.

—Exactamente, amiguito. —Brown lanzó un dardo y consiguió una diana—. Para eso estoy en Westerding...

De repente se interrumpió. El hombre de la gorra a cuadros tenía la mano derecha metida en el interior de su chaqueta.

Brown giró un cuarto de vuelta a su derecha. Luego lanzó el segundo dardo con todas sus fuerzas.

Se oyó un fuerte aullido. El hombre de la gorra a cuadros contempló un instante el dardo que se le había clavado en la mano, a través de la chaqueta, impidiéndole oportunamente sacar la pistola que llevaba en una funda sobaquera.

Antes de que reaccionara, Brown saltó hacia él, arrancó el dardo y le quitó la pistola, en medio de la estupefacción de todos los

presentes. Luego lo empujó violentamente hacia afuera.

—Andando —ordenó con voz que había perdido su amabilidad—. Vamos a ver si tú y yo tenemos un ratito de conversación.

* * *

Una docena de narices se pegaban a los cristales de la ventana de la sala, mientras Brown y su prisionero, que parecía sorprendido y desmoralizado, se acercaban al automóvil del segundo. Mientras salían de la posada, Brown hizo una pregunta:

—En primer lugar, dime, ¿cómo te llamas?

—Potter, Harry Potter..., pero yo no he hecho nada... —Nada, ¿eh? ¿Qué me dices de la pistola que querías usar contra mí? Tiene silenciador, como la que un tipo que se te parece mucho quería disparar ayer contra *lady* Agatha.

—No sé de qué me está hablando.

Brown empujó a su prisionero hacia el coche verde.

—Estabas ya demasiado lejos para que pudiera leer la matrícula, pero no tanto para no apreciar la falta de un trozo del parachoques trasero de tu coche. Además, también me fijé en el color de la carrocería, por supuesto —dijo.

Potter apretó los labios.

—¿Por qué querías matar a *lady* Agatha? —preguntó Brown.

—No diré nada —gruñó el sujeto—. Mi abogado hablará por mí.

—Inteligente respuesta. Pero no creo que llegue a tiempo de estar presente en la conversación que tú y yo sostendremos en el sótano de Harlton Manor. Todavía hay allí antiguos instrumentos de tortura, muy viejos, ciertamente, pero que aún pueden cumplir su misión sin dificultades. Y como tu abogado no sabrá que estás allí... ¿Has entendido lo que quiero decirte?

Potter se alarmó.

—¿Va a torturarme? —preguntó.

—Si no hablas...

—Un hombre del Yard no hace jamás una cosa de esas.

—Todo depende de las circunstancias, amiguito. Ah, y a propósito, ¿a quién esperabas en la taberna?

De pronto, se oyó el rumor de un coche que se acercaba al centro de la población.

Entretenido con su prisionero, Brown no prestó atención al incidente.

—Vamos, contesta —apremió a su prisionero.

El coche que se acercaba pareció detenerse. Pero, de pronto, aceleró con un potente bramido de su motor.

Brown desvió la cabeza y miró hacia el automóvil. El cañón de un arma asomaba por una de las ventanillas.

Instantáneamente, se tiró al suelo. Mientras caía, sonaron varios disparos muy seguidos.

Potter chilló y se retorció, a medida que las balas penetraban en su cuerpo. Dentro de la taberna se produjo una espantosa confusión.

El automóvil se alejó rugiendo. Cuando cesaron los disparos, Brown se puso en pie y se acercó al caído.

Le bastó una simple mirada para ver que Potter había muerto. El siniestro agujero que había en medio de la frente era más elocuente que todas las palabras.

El coche de los atacantes se perdía ya de vista. Brown se acercó al automóvil verde. La llave de contacto estaba todavía puesta.

Saltó al asiento del conductor y dio al contacto, arrancando a toda velocidad en persecución de los asesinos. Pisó a fondo, pero le pareció que el vehículo que conducía era mucho más lento que el otro.

De repente, al salir de una curva, divisó al coche de los atacantes atravesado en mitad del camino.

Frenó. Redujo marchas. Dos hombres le apuntaban con sus pistolas. Otro tenía algo en la mano.

Con un golpe de volante, evitó la colisión, pero uno de los atacantes no le evitó a él y recibió de lleno un tremendo golpe con la aleta izquierda. El sujeto voló por los aires, agitando brazos y piernas, como un pelele.

Brown consiguió volver al camino. Casi en el acto, oyó tras él una espantosa detonación.

«Una bomba de mano», pensó.

El coche fue zarandeado horriblemente, pero siguió su enloquecida marcha. De pronto, Brown vio unas grandes llamaradas a través del retrovisor.

La explosión de la bomba había incendiado el tanque de la gasolina. Pisó de nuevo el freno a fondo y consiguió reducir la marcha

considerablemente.

Antes de que se parase el coche, abrió la portezuela y se tiró a la cuneta. Rodó varias veces sobre sí mismo, mientras el vehículo quedaba totalmente envuelto en llamas.

Se puso en pie. Buscó la pistola de Potter, pero la había perdido. El otro coche arrancaba ya.

Brown juzgó conveniente esconderse. Aquellos tipos estaban armados y no eran remisos a la hora de usar las pistolas. Se imponía la prudencia.

Escondido en unos arbustos, situado a unos cincuenta metros de la carretera, vio, no sin extrañeza, que el automóvil de los atacantes se detenía junto al otro, que seguía ardiendo. Dos hombres salieron, llevando en brazos el cuerpo de un tercero.

Era el hombre a quien él había atropellado. El cuerpo voló un instante por los aires y fue a parar a las llamas.

—Es la mejor forma de borrar rastros —comentó para sí.

Los atacantes desaparecieron definitivamente. Brown se acercó un poco al coche que ardía. Hizo una mueca: la atmósfera estaba invadida por una serie de olores poco agradables: tapicería y gomas quemadas... y carne asada.

* * *

—Eso que ha contado usted parece una película de *gangsters* —dijo *lady* Agatha, quien, por rara excepción, había bajado a desayunar en el comedor, al día siguiente.

—Estamos tratando con *gangsters*, señora —manifestó Brown.

—Pero ¿sólo por la joya de la familia? —preguntó Fanny.

—¿Cuál es su precio? —preguntó el joven.

—No tiene precio, Pete —dijo *lady* Agatha.

—Pero a usted le habrán hecho más de una oferta.

—Sí, es cierto. La última me daban doscientas cincuenta mil.

—¿Libras?

—Por supuesto.

—Eso es más de medio millón de dólares.

—Pero si pidiese el doble, también lo obtendría. En realidad, no vale menos de cuatrocientas mil libras.

—Hay gente muy caprichosa, *milady* —comentó Brown.

—El que tiene mucho dinero, siempre suele ser caprichoso —intervino Fanny—. Eso no es cierto. Yo conocí a un tipo riquísimo, que no se gastaba ni el dinero que valía el periódico. Esperaba a que su vecino lo hubiese leído y entonces se lo pedía prestado.

—¿Y no le parece un capricho?

Lady Agatha sonrió.

—Pete, mi encantadora pero sería sobrina, le ha pillado en falta —dijo.

—Demasiado sería para sus veintiocho años —observó el huésped.

—¡Veintitrés! —protestó Fanny airadamente.

—Dispense, pero tengo un ojo fatal para calcular la edad. Ya ve, a *lady* Agatha le echaba cuarenta o así.

—No sea embustero, Pete. Ya he cumplido los sesenta y seis —manifestó la aludida, sonriendo.

El desayuno se había terminado ya. Parker, impasible, había asistido, supervisando la acción de la doncella que servía a la mesa.

—¿Desea *milady* algo más de mí? —preguntó respetuosamente.

—No, gracias, Parker, eso es todo.

El mayordomo se alejó. Fanny fijó sus bellos ojos grises en Brown.

—¿Todavía sigue sospechando de él? —preguntó.

—Sí. *Milady*, ¿puedo pedirle un favor?

—Lo que guste, muchacho.

—No me interesa ver la joya. A decir verdad, y usted perdone la franqueza, casi la detesto. Pero sí me gustaría ver el lugar donde está guardada.

—No hay inconveniente —accedió la dama.

Brown la ayudó a ponerse en pie. Ella le dio las gracias con toda cortesía.

—A propósito, muchacho, luego me prestará el disco que pone cuando practica su sesión de yoga —pidió *lady* Agatha, ante el asombro y la sorpresa de Fanny.

CAPÍTULO V

La sala era de dimensiones más bien reducidas. Era un gabinete íntimo, amueblado con buen gusto y con un armario lleno de libros. Las paredes estaban forradas de bien labrados paneles de roble claro.

Había una chimenea, pero estaba apagada. Colgado de una de las paredes había un cuadro, que representaba una batalla naval de los tiempos de Nelson.

—Uno de los antepasados de mi esposo intervino en varios combates navales. Murió de vicealmirante —explicó *lady* Agatha. Alargó el bastón que nunca dejaba y tocó con la contera uno de los paneles de roble, que eran de forma cuadrada y de unos treinta y cinco centímetros de lado. Brown observó que *lady* Agatha mantenía el contacto durante algunos segundos.

De pronto, se oyó un chasquido. Cuatro paneles, formando una sola unidad, giraron a un lado, dejando al descubierto el metal de una caja fuerte. Brown observó que la cara interior de aquellos cuatro paneles estaba forrada por una recia plancha de acero, cuyo grosor no baja de los quince milímetros.

—Ahí está el vaso de Mainwer II —anunció *lady* Agatha—. ¿Quiere verlo, Pete?

—No es necesario, señora; solamente quería saber el lugar donde se guarda. ¿Me permite examinar la pared?

—Por supuesto.

Brown se acercó a los paneles y los estudió con gran atención durante unos minutos. Al quedar en su sitio aquel trozo de pared, dejaba un hueco de tres o cuatro centímetros; entre la planta protectora y la puerta de la caja fuerte.

—Eso es todo, muchas gracias, *milady*.

—Cierra, Fanny.

—Oh, no se moleste —sonrió el joven. Empujó la tapa de los paneles y apretó con fuerza. Se oyó un seco chasquido y la pared recobró su aspecto habitual.

—A propósito, Fanny —dijo la anciana—, hoy llegará Algy

Bythewell. Espero que te portes con él como corresponde.

Fanny hizo un gesto de disgusto, cosa que no pasó inadvertida al joven. *Lady* Agatha se encaminó hacia la puerta.

—Voy a leer un rato en la biblioteca —anunció—. Si necesita algo pídaselo a Parker, muchacho.

—Sí, *milady*.

Fanny y el joven se quedaron solos. Ella se dirigió hacia la puerta, pero Brown la detuvo:

—Aguarde un momento; quiero hablar con usted, señorita —dijo.

Fanny se volvió y le miró fríamente.

—¿Sí?

—Oiga, no quiero ser impertinente, pero me he dado cuenta de que ha sentido desagrado al oír mencionar a ese tal Bythewell. ¿Qué sucede, no le resulta simpático?

—Mi tía quiere que me case con él.

—Oh, una señora casamentera.

—En este caso, sí.

—Y usted, no...

—No me gusta.

Brown sonrió.

—Tal vez espera a su príncipe azul —dijo.

—A quien espero yo no le importa en absoluto —contestó Fanny desabridamente. El joven dio un par de pasos y se situó justo frente a Fanny. Su nariz quedaba un poco por debajo de la de ella.

—¿Por qué lleva tacones tan altos? Me hace sentirme un pigmeo —se lamentó.

Ella le miró despreciativamente.

—Nuestras respectivas estaturas no son cuestión relevante —contestó—. ¿Algo más, señor «nieto» de Sherlock Holmes?

—Sólo una cosa, señorita Reid: no se fíe del mayordomo.

Fanny se encogió de hombros. Luego giró en redondo y, taconeando vivamente, abandonó la estancia.

Brown sonrió.

—Eres orgullosa, fría y distante ahora, pero un día te incendiarás como un volcán —pronosticó.

Cerró la puerta y se acercó a los paneles de madera. Reflexionó unos momentos. Después, apoyó el pulgar en el mismo sitio en que había visto hacerlo a la dueña de Harlton Manor.

Falló al primer intento, pero ello no pareció defraudarle.

—Muy lista, sí, señor —comentó a media voz.

Buscó el sitio que le pareció exacto y ejerció la presión de una forma peculiar. El trozo de pared giró suavemente.

Brown continuaba sonriendo. Hizo un par de pruebas más y luego, satisfecho, abandonó la estancia.

* * *

Algernon Bythewell llegó por la tarde, acompañado de un hombre de su edad, a quien presentó como Kent Lane. *Lady* Agatha saludó afectuosamente a los visitantes, pero muy en especial al primero.

Bythewell era un hombre de unos treinta y cuatro años de edad, alto, vestido con gran elegancia y de ademanes un tanto afectados. Lane era algo más bajo y muy ancho de hombros, un tanto taciturno, pero educado y correcto en todo momento.

—No sabe cuánto lamento lo sucedido, *lady* Agatha —dijo Bythewell, después de los primeros saludos—. Un asesinato en Harlton Manor me parece inconcebible, se lo aseguro.

—Pero ocurrió, Algy, y lo peor de todo es que también quisieron asesinarme a mí.

—Increíble —comentó Bythewell.

—Horrible —dijo Lane.

—Por fortuna, la intervención del valeroso señor Brown consiguió evitar el crimen —elogió la anciana.

—¿Brown?

—Sí, el agente que Scotland Yard destacó aquí para investigar el crimen y proteger la joya de los Mainwer-Cord.

—Oh, no sabía que el Yard...

—Muchacho, se cometió un crimen y mi tesoro está en peligro. El ministro del Interior, tú ya lo sabes, era muy amigo de mi difunto esposo, y habló con el superintendente del Yard, con lo que se decidió que me fuese enviado un agente no sólo para investigar el asesinato, sino para proteger mi tesoro.

—Una sabia precaución, *lady* Agatha —alabó Bythewell.

—Sí, así lo estimo yo. Por cierto, ¿cómo te marchan los negocios, Algy?

—No puedo quejarme. Ah, me olvidaba. Tengo un «Turner» disponible. Es de la primera época, por lo que se podría decir que resulta un tanto inferior en valía a los de su madurez, pero la firma es siempre la firma.

—¿Autentificada? —preguntó la anciana.

—Sin ningún lugar a dudas, *milady*.

—Estudiaré la propuesta, muchacho. Como has dicho muy bien, un «Turner» es siempre un «Turner». Por otra parte, ya sabes lo que quiero y espero de ti.

Bythewell suspiró.

—Lo intentaré, *milady*, pero temo que Fanny...

—Vamos, vamos, Algy, no parezcas ahora un cobarde —le apostrofó ella cariñosamente—. Un poco de habilidad solamente y Fanny acabará por decirte que sí.

—Es usted una encantadora optimista, *lady* Agatha —sonrió Bythewell.

De repente, llegó un horrible estruendo desde el piso superior.

Bythewell y Lane miraron hacia la puerta instintivamente.

—¿Qué es eso, señora? —preguntó Lane, horrorizado.

—Ah, es el hombre del Yard —dijo ella—. Seguramente, está practicando su cotidiana sesión de meditación y yoga.

Los dos forasteros se quedaron con la boca abierta. El ruido era horrísono, parecía como si el edificio fuera a hundirse de un momento a otro.

—¿Y eso... eso es un agente del Yard, *milady*? —preguntó Bythewell.

La anciana sonrió.

—Sin el menor género de dudas —contestó—. La nueva ola de Scotland Yard es así. ¡Inglaterra abandona por fin costumbres arcaicas!

Bythewell y Lane no sabían qué pensar. O la anciana estaba loca o el loco era aquel desaforado sujeto que practicaba yoga con el tocadiscos a toda potencia.

* * *

El silencio era completo en Harlton Manor.

Una puerta se abrió sin hacer el menor ruido. Alguien asomó la cabeza por el hueco y miró a derecha e izquierda.

El paso estaba libre, estimó el sujeto. Silenciosamente, pisando de puntillas, caminó hacia el gabinete íntimo.

Entró y cerró con todo cuidado. Luego se acercó al lugar donde estaba la caja fuerte.

Usaba una linterna para alumbrarse. Estudió unos momentos los paneles de madera y luego hizo presión con el pulgar.

Al cabo de unos instantes se oyó un chasquido. El sector de los paneles empezó a girar.

Bruscamente, sonó un agudísimo maullido.

El individuo se sobresaltó terriblemente. Quiso cerrar, pero la puerta exterior se resistía.

El maullido tenía unos tonos horripilantes. Parecía emitido por un gato del tamaño de un elefante o tal vez por un coro de almas en pena.

Asustado, el sujeto echó a correr, perseguido por aquel espeluznante sonido. Salió del gabinete, corrió a su dormitorio y se zambulló en la cama.

Varias puertas se abrieron sucesivamente, en el primer piso y en el segundo, donde dormía la servidumbre.

—¿Qué es eso?

—¿A quién degüellan?

Envuelta en una bata, Fanny salió a la puerta de su dormitorio. El maullido cesó bruscamente.

—Fanny, ¿qué pasa aquí? —preguntó Bythewell, asomado igualmente a la puerta de su dormitorio.

Ella hizo un gesto con las manos.

—A mí también me gustaría saberlo —contestó.

—El ruido parecía salir del gabinete —dijo Bythewell.

—¡Cielos! —exclamó Fanny.

Y echó a correr hacia el lugar indicado, seguida del huésped.

Abrió la puerta y encendió la luz. Un suspiro de alivio se escapó de su pecho.

—Todo está en orden —dijo, satisfecha.

—No entiendo —refunfuñó Bythewell—. Diríase que he venido a una casa de locos.

—Una casa de locos es Harlton Manor, desde que el agente Brown

llegó —contestó ella, sintiéndose muy irritada contra el aludido personaje.

CAPÍTULO VI

Al agente no se le vio durante el día siguiente, hasta la hora del té, en que hizo su aparición en la gran sala, donde *lady* Agatha tomaba el té en compañía de su sobrina y el pretendiente de ésta.

—Hola a todos —saludó el joven con ademanes desenvueltos—. ¿Llego tarde para tomar la pócima tradicional de nuestro viejo país?

—Aún queda un poco de té, en efecto —contestó *lady* Agatha—. ¿Dónde ha estado metido todo el día, Pete?

—Por ahí, trabajando —contestó Brown evasivamente—. ¿Qué tal, Fanny?

—Oiga usted, la señorita Reid tiene un tratamiento muy distinto del que usted le aplica de forma tan grosera como inadecuada —protestó Bythewell.

—No me cabe la menor duda, Algy. Con la cara y el tipo que tiene, debería tener tratamiento de *Miss* Mundo.

—Oh —exclamó Fanny, roja de vergüenza.

Lady Agatha reía divertidamente. Bythewell crispó los puños.

—El respeto que me merecen las damas aquí presentes, me impide darle a usted un... una sesión de urbanidad —dijo.

—No se ponga así, hombre —contestó Brown—. Está afeitado, pero parece que lleve barbas medievales. Hay que ponerse a tono con los tiempos, ¿no es así, *lady* Agatha?

—Así opino yo también, muchacho —contestó la anciana sonriendo.

—¿Adónde va a parar Gran Bretaña, si sus agentes de policía se comportan como vulgares rufianes? —se lamentó Bythewell.

—Convendría que explicase usted el verdadero significado de la palabra rufián, Algy —dijo Brown—. Sería muy interesante ver a cuál de los dos le corresponde ese poco honorable calificativo.

Fanny se puso bruscamente en pie.

—¡Basta! —exclamó—. Tía, no tolero ni por un momento más la presencia de este detestable individuo en Harlton Manor. O se marcha él o me marchó yo.

—Estoy a tu lado, Fanny —dijo Bythewell.

Lady Agatha parecía desconcertada. Miró a Brown y le vio

sonriendo imperturbable.

—Muchacho, las cosas que está diciendo...

Parker entró de pronto con una bandeja en la mano.

—El correo, *milady* —anunció—. Una carta para usted, señor Bythewell.

—Gracias, Parker —dijo el aludido.

La llegada de Parker pareció romper la tensión que reinaba en el ambiente. Fanny tomó las cartas y empezó a abrirlas.

Brown estudiaba atentamente los rostros de los circunstantes. Parker, parado a un lado, permanecía inmóvil como una estatua.

La carta de Bythewell debía de contener noticias satisfactorias, a juzgar por la sonrisa que apareció en su rostro terminada la lectura. Fanny encontró una con la indicación «Personal» y se la entregó a la anciana.

—Tienes que abrirla tú —indicó.

Lady Agatha lo hizo así. La carta era muy breve y provocó en ella una reacción contraria a la de Bythewell.

—Dios mío —murmuró, al conocer el contenido de la misiva.

—¿Pasa algo malo, tía? —preguntó Fanny.

Lady Agatha meneó la cabeza. Dobló la carta cuidadosamente y la guardó en uno de los bolsillos de su vestido.

Parker carraspeó cortésmente.

—¿Necesita algo más de mí, *lady* Agatha? —preguntó.

La anciana hizo un signo negativo. El mayordomo inició la retirada, pero antes de que llegase a la puerta, Brown llamó su atención.

—Un momento, por favor —rogó.

Parker le miró con interés. Brown estaba sentado tranquilamente, con los codos apoyados en los brazos del sillón y las yemas de los dedos juntas.

—¿Señor? —dijo el mayordomo.

—Se trata de lo siguiente —habló Brown calmosamente—. A *lady* Agatha, y a mí también, por supuesto, nos interesaría saber adónde fue a parar el cadáver del auténtico Parker, cuyo puesto está ocupando usted en estos momentos, con gran pericia, todo sea dicho.

Hubo una intensa pausa de silencio.

Fanny tenía los ojos enormemente dilatados. *Lady* Agatha miraba al mayordomo a través de sus impertinentes de oro.

Brown sonreía ligeramente. Bythewell parecía como hipnotizado.

La anciana fue la primera en romper el silencio:

—¿Y bien, Parker? ¿Qué tiene usted que alegar en contra de las afirmaciones del señor Brown?

El mayordomo carraspeó fuertemente.

—Yo... Con el permiso de *milady*... No quisiera pecar de incorrecto hacia usted y hacia uno de sus huéspedes..., pero ¿cómo se puede creer una acusación tan ridícula y carente por completo de fundamento?

—¿De dónde se ha sacado usted esa disparatada idea, señor Brown?

—exclamó Fanny, muy irritada.

—Lo que ha dicho usted es una perfecta idiotez —añadió Bythewell.

—Mil gracias, señorita y señor, por la defensa que hacen de mí, pero creo que será mejor olvidar lo que ha dicho el señor Brown. Es una acusación que se cae por sí sola. *Milady*, mejor que nadie, sabe que llevo a su servicio diecinueve años corridos —declaró el mayordomo.

—Parker, últimamente le he encontrado yo a usted algo raro —dijo *lady* Agatha.

El mayordomo se puso rígido.

—Con los debidos respetos, soy el mismo de siempre, *milady* —dijo.

—Salvo por un pequeño detalle —intervino Brown por primera vez, después de su sensacional declaración.

Cuatro pares de ojos se volvieron para mirarlo expectantemente. El joven no había variado de postura desde el primer instante y una indefinible sonrisa lucía en sus labios, confiriéndole una expresión enigmática.

—¿Cuál es ese pequeño detalle? —preguntó Fanny con acento agresivo.

—*Milady*, tengo entendido que hace tres semanas, su mayordomo regresó a Harlton Manor, después de unas vacaciones —dijo Brown.

—Sí, es cierto —contestó la aludida—. Siempre doy vacaciones anuales a mi servidumbre, aparte de algún permiso que puedan necesitar por asuntos urgentes. Parker estuvo fuera cuatro semanas, creo.

—Pero eso no prueba nada...

Brown interrumpió a la muchacha, que era quien acababa de hablar.

—El aspecto, los ademanes, los hábitos y la voz son los mismos que los del presumiblemente difunto Jeremías Parker —dijo—. Pero los huellas dactilares corresponden a un tal Charley Hunt, fichado en Scotland Yard como hábil ladrón y un artista de los disfraces. ¿Me equivoco, Charley?

Fanny emitió un grito de sorpresa. *Lady* Agatha seguía mirando al mayordomo a través de sus lentes.

—Hay que ver —murmuró la anciana—. Es una caracterización asombrosamente fiel.

De repente, el mayordomo sacó una pistola y apuntó con ella a los presentes.

—Nadie se mueva —dijo con voz metálica—. Sigán todos quietos donde están o dispararé a matar.

* * *

Fanny se encogió en su sillón. En cuanto a Bythewell, permanecía terriblemente pálido.

—Hunt, ahora ya puedo llamarle por su verdadero nombre, ¿fue usted quien mató a Shaine en la biblioteca? —preguntó Brown, sin inmutarse.

—No contestaré —gruñó el falso mayordomo—. Levántese, *milady* —ordenó.

Fanny temió lo peor y lanzó un grito:

—¿Cómo? —preguntó la interpelada.

—¿Adónde quiere llevársela? —exclamó.

—Es bien sencillo —sonrió Hunt—. Arriba hay una joya que vale un millón de dólares.

Simplemente, ella abrirá la caja y me la entregará.

Lady Agatha se puso en pie con gesto lleno de dignidad.

—Esa joya, en efecto, vale muchísimo, pero infinitamente menos que las vidas de cuantos estamos aquí —dijo—. No se muevan de aquí, muchachos —añadió imperativamente—; no quiero que el señor Hunt cometa un disparate; me parece que le veo muy

nervioso y el arma podría disparársele sin querer.

—Tiene usted mucha razón, *milady* —rió Hunt—. Sigan aquí y no le pasará nada a nadie. Y, por supuesto, no avisen a la policía. Para *milady* podría resultar fatal.

La anciana echó a andar majestuosamente hacia la puerta. Momentos después, Brown, Fanny y Bythewell quedaban solos en la estancia.

—Es increíble —dijo Bythewell—. Conocía perfectamente a Parker y no puedo imaginármelo difunto y enterrado tal vez en algún rincón del bosque.

—¿Cómo supo usted que Hunt ocupaba una personalidad que no era la suya, señor Brown? —preguntó la muchacha.

—Fue una precaución elemental tomar, aunque con mucha discreción, las huellas dactilares de todos cuantos se encuentran en Harlton Manor —respondió Brown—. Lo hice ya el primer día con vasos, copas y demás. El único punto negro resultó ser Parker, que no es Parker, sino Hunt.

—Pero...

Fanny no pudo seguir hablando. Brown se había puesto ya en pie y se acercaba a la puerta.

Escuchó un momento. Luego abrió una rendija y miró hacia el vestíbulo.

—Cuidado —advirtió Fanny—. Mi tía corre un grave peligro.

—*Milady* está en plena seguridad, señorita Reid —sonrió Brown, un segundo antes de lanzarse fuera de la sala y dirigirse corriendo hacia el piso superior.

Un hombre apareció de pronto ante él. Era Lane.

—Escóndase, pronto —ordenó Brown a media voz.

Y siguió adelante.

En aquel momento, Hunt se disponía a abrir la tapa exterior de la caja fuerte.

—Cuando haya abierto, usted me dirá la combinación, *milady* —gruñó.

La anciana no dijo nada. Con el pulgar, Hunt hizo presión en la madera varias veces.

Un fortísimo chasquido se oyó a continuación. Los paneles giraron y, de repente, algo salió proyectado con terrible fuerza contra el estómago del falso mayordomo.

Hunt lanzó un resoplido y cayó de espaldas al suelo. La pistola se escapó de sus manos.

La puerta se abrió en aquel momento. Brown dio un salto y se apoderó del arma.

—Levántese, Hunt —ordenó.

—¡Hurra! —gritó la anciana.

Frotándose el estómago, Hunt dirigió una rencorosa mirada al potente muelle que había adosado a la puerta de la caja fuerte, terminado en una pequeña plancha de madera, de dos centímetros de grueso y de forma circular.

—No se lo esperaba usted, ¿verdad? —sonrió Brown.

El falso mayordomo se puso en pie, sin pronunciar una sola palabra. Inspiró fuertemente y, de súbito, sin previo aviso, asestó un terrible manotazo dirigido a la muñeca derecha de Brown.

La pistola voló por los aires nuevamente. Hunt se lanzó sobre el joven, aprovechándose de la sorpresa, y le asestó un terrible derechazo en el plexo solar, que le hizo sentarse en el suelo, sin aliento.

Acto seguido, Hunt se abalanzó fuera de la estancia. Descendió los escalones de cuatro en cuatro, cruzó el vestíbulo y salió por la entrada principal, huyendo desalado.

Brown se puso en pie, frotándose el estómago. Un tanto vacilante, se acercó a la ventana. Tenía otra vez la pistola en su poder, pero el golpe le había dejado el pulso muy alterado, apreció.

Hunt corría frenéticamente a través del jardín. De pronto, pareció tropezar con un obstáculo invisible y empezó a tambalearse.

—¿Qué le pasa? —preguntó *lady* Agatha situada junto a Brown.

Hunt se había detenido a unos cincuenta o sesenta pasos y parecía un beodo que tratase de mantener el equilibrio.

De pronto, empezó a girar, a la vez que se inclinaba a un lado muy despacio. *Lady* Agatha lanzó un grito al ver la mancha roja que Hunt tenía en un lado de la frente.

Hunt se desplomó finalmente sobre un macizo de flores. Pateó un poco y luego se quedó definitivamente quieto.

CAPÍTULO VII

—Nadie sabe quién disparó ni dónde lo hizo —dijo Brown, después de que se hubieran llevado el cadáver del falso mayordomo—. Pero el que disparó, empleaba silenciador.

—Y tenía una puntería terrorífica.

—Así es, señorita Reid. —Brown se volvió hacia la anciana—. Lamento las molestias y disturbios que le estoy causando, aunque espero sepa comprender que no es mía la culpa. *Lady* Agatha sonrió tristemente.

—No, no es suya la culpa, muchacho —contestó—. Fanny, ¿quieres acompañarme a mi habitación? Me siento muy cansada...

—Un momento —dijo el joven—. Si no le importa, *milady*, antes querría hablar unos momentos a solas con usted.

Fanny pareció sorprenderse de la petición, pero salió sin decir nada. Al quedarse solo con la anciana, Brown se inclinó hacia adelante.

—¿Dónde está la carta que recibió ayer por la tarde, *milady*?

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—¿Por qué pregunta eso, muchacho? —quiso saber.

—Esa carta contenía malas noticias. Creo mi deber conocer su contenido.

—La he quemado...

—Vamos, vamos, *lady* Agatha, no trate de engañarme —sonrió Brown—. Usted conserva la carta todavía. Démela, se lo ruego.

Suspirando, la anciana sacó la carta y se la entregó al joven. Brown la leyó rápidamente y luego se quedó pensativo unos instantes.

—¿No me dice usted nada, Pete? —preguntó ella.

—Esto es un chantaje, *milady*.

—Sí, en efecto.

—Pero ¿es cierto lo que dicen?

Lady Agatha vaciló.

—No —dijo finalmente—, aunque tampoco podría probar lo contrario.

—¿Dónde fue, señora?

—En Harnell-on-Dryne, en una pequeña capilla...

—¿Cuánto tiempo hace de aquello?

—Más de treinta años, muchacho. Pero ¿por qué quieres traer a mi memoria recuerdos tan desagradables?

Brown sonrió.

—¿Está segura de que son desagradables, *milady*?

Ella suspiró.

—A decir verdad, son los únicos recuerdos agradables de mi vida —confesó—. Fue una época maravillosa, de inmensa felicidad..., pero duró muy poco. Meses tan sólo, Pete. Luego, él murió...

—¿Dónde, señora?

—En Dunkerque. Era británico y debía cumplir con su deber.

Brown meneó la cabeza.

—Créame que lo lamento infinito —dijo—. ¿Puedo hacer algo por usted, *milady*? Particularmente, se entiende.

—Nada, ya no se puede hacer nada. El desapareció muy pronto de mi vida, Pete, demasiado pronto.

Los ojos de la anciana estaban llenos de lágrimas. Brown tomó una de sus manos y la palmeó afectuosamente.

—Le queda su recuerdo y eso es algo que nadie le podrá arrebatar, señora —dijo con acento consolador—. Ahora, si lo prefiere, llamaré a Fanny para que la acompañe a su dormitorio. Y no se preocupe por esa carta; no ocurrirá nada.

—¡Pero es que dicen que le conocen y que si no cedo, lo matarán!

—exclamó *lady* Agatha—. El escándalo personal no me importaría en absoluto; lo que no quisiera es que a él le sucediera nada malo.

—No le pasará nada, señora, puedo garantizárselo —dijo Brown sonriendo—. Descanse tranquila y no se preocupe de nada más.

Minutos más tarde, Brown fue en busca de la muchacha.

—Tengo que hablar con usted, señorita Reid —manifestó.

—¿Es importante? —preguntó ella, con displicencia.

—Todo lo que se relaciona con la joya de los Mainwer-Cord posee una importancia excepcional —contestó él, muy serio.

* * *

—Muy bien, le escucho —accedió Fanny finalmente.

—Usted me mira no diré que con desprecio, pero sí con algo muy

parecido a la conmiseración. Me toma por loco, botarate y qué sé yo cuántas cosas más.

—Señor Brown, convendrá conmigo en que ciertas actitudes tuyas no son...

—Es mi carácter, señorita —sonrió él—. Pero vayamos a lo principal. ¿Le gustaría hacer un viaje a Keyhane?

—¿Dónde está eso? —preguntó la muchacha, llena de curiosidad.

—A unas cincuenta y tantas millas hacia el nordeste. Podríamos llegar sin dificultad en poco más de una hora, antes de que anoheciera.

—Sí, pero ¿qué hay allí?

—Ya lo verá —sonrió él.

—Insisto en saber...

—Si tanto empeño tiene, suba primero a la habitación de Parker, perdón, Hunt. Vuelva luego; aquí la espero.

Fanny dudó un momento, mientras escrutaba el rostro de su interlocutor. Al cabo de unos segundos, dio media vuelta y abandonó la sala.

Brown aprovechó la ocasión para ponerse cabeza abajo con los pies hacia arriba, completamente recto. Así estaba cuando regresó Fanny.

—¡La habitación del mayordomo está completamente revuelta! ¡Parece como si un huracán...!

—Me lo figuraba —sonrió él, sin variar de postura.

—¿Cómo? ¿Ha sido usted?

—No. Simplemente, yo me he adelantado a los que han revuelto la habitación, precisamente, para evitar que encontrasen... lo que he encontrado.

—¿Y qué ha encontrado, si se puede saber?

—Cierta dirección en Keyhane, señorita Reid. El sitio donde presumiblemente se encuentra el auténtico Parker, no sé todavía si vivo o muerto.

Fanny abrió la boca. Brown se dejó caer hacia adelante y se incorporó con un ágil salto.

—Ya me he descargado un poco la cabeza —dijo alegremente—. ¿Está lista ya, señorita Reid?

—Usaremos mi coche —contestó ella—. El suyo se nos desharía en piezas por el camino.

—Nada que objetar a la propuesta —sonrió Brown—. ¿Vamos?
Minutos más tarde, embarcaban en el «Wolkswagen 1800», pilotado por la propia Fanny. Salieron a la carretera y ella hizo una observación:

—He visto a mi tía muy preocupada. Usted estuvo hablando con ella durante bastante rato.

—Sí.

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué está tan preocupada?

—Quieren hacerle un chantaje. La joya de la familia, a cambio del silencio.

—¿Silencio? ¿Qué es lo que tiene ella que callar? ¡No hay nada deshonorante en su vida, señor Brown!

—Yo también pienso como usted, señorita —convino el joven—. Otros, sin embargo, son de la opinión contraria. Es decir, se armaría un gran escándalo si se conociese la historia de que Agatha Reid tuvo un hijo antes de casarse con lord Mainwer-Cord.

* * *

—Pare aquí —dijo Brown repentinamente, después de casi hora y media de viaje.

Fanny obedeció. Brown le indicó que sacase el coche fuera del camino, dejándolo al otro lado de unos árboles, en un prado contiguo, lo que evitaría fuese visto por los ocupantes de otros vehículos que pudiesen transitar por el mismo camino.

Luego se apearon. Fanny vestía un chaquetón corto, con cuello de piel de cordero, y pantalones negros, con botas de media caña. Brown llevaba una indumentaria también muy parecida.

Al fondo, a unos trescientos metros, se divisaba una casa solitaria, al pie de una colina. Keyhane quedaba a un kilómetro al este.

—Ahí es —dijo Brown.

—Me estremezco sólo de pensar que el pobre Parker...

—Quizá no, quizá no fueron tan malos como pensamos. Confieso que yo llegué a creer en un principio que Parker podía haber sido asesinado, aunque luego se me ocurrió que, por el momento, hubiera resultado un crimen absurdo y sin sentido.

—Pero acusó a Hunt...

—Había que dar un poco de emoción al asunto —sonrió él—.

Sigamos, señorita Reid. Y digo señorita Reid, porque usted no me permitirá jamás llamarla por su nombre.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—No me quitará el sueño la forma en que me trate, siempre que sea cortés —respondió.

Caminaban cautelosamente, procurando ocultarse tras los setos y arbustos que abundaban mucho en aquellos parajes. Mientras se acercaban a la supuesta granja, Fanny hizo una pregunta:

—¿Cómo supo usted que Parker podía hallarse aquí?

—Encontré una anotación en el cuarto de Hunt, al que subí antes que ninguno —respondió él—. Empecé a pensar y llegué a la conclusión de que Parker, vivo o muerto, está aquí.

—Con razón sospechaba mi tía de su mayordomo. Ella veía en él algo que no era normal.

—¿Y usted?

—Nunca se me ocurrió. Pero mi tía conocía a Parker desde hace casi veinte años. Por muy bien que Hunt desempeñara su papel, es lógico que tuviera algún fallo.

—Y lo tuvo. Pese a que casi constantemente usaba guantes, en alguna ocasión tuvo que quitárselos. Yo aproveché para tomar su9 huellas y enviarlas a Scotland Yard.

—Lo terrible es no saber quién lo mató, Pete —dijo ella.

—No, no es agradable, en efecto —convino el joven—. Venga por aquí —exclamó de pronto.

—¿Por qué?

—Nos acercaremos por la parte trasera. He visto a un hombre de centinela en la puerta principal.

—¿Nos esperan?

—No lo sé. En cambio, eso me infunde ciertas esperanzas con respecto a la supervivencia de Parker. No habría vigilancia si el mayordomo estuviese muerto.

Ella aprobó el razonamiento de Brown con un gesto de cabeza. Siguió al joven y, poco después, llegaban a la fachada posterior de la casa.

Todas las ventanas estaban cerradas. Brown se dispuso a forzar una de las ventanas, pero Fanny alargó una mano y le detuvo en gesto.

—Pete, usted no puede hacer eso —dijo.

—¿Cómo?

—Necesita un mandamiento judicial...

Brown sonrió.

—Fanny, ¿es que ya no recuerda que yo pertenezco a la nueva ola del Yard? —contestó.

—Sí, pero eso no le exime...

—Vamos, vamos, no sea escrupulosa. Me he dejado la documentación oficial en casa, así que ahora soy solamente Peter Brown, un ciudadano cualquiera. Y si el tipo que está ahí afuera se entera, no creo que se le ocurra exigirnos el permiso del juez.

La ventana chasqueó débilmente. Brown actuaba mientras hablaba y había conseguido advertir:

—Lo mejor será que no se entere o habrá jaleo —añadió, a la vez que agarraba a la muchacha por la cintura.

CAPÍTULO VIII

En el primer momento, Fanny creyó que Brown pretendía abrazarla, pero pronto se dio cuenta de que solamente quería izarla hasta el antepecho, situado a casi dos metros sobre el suelo.

—Salte sin hacer ruido —indicó él.

Fanny obedeció. Giró, sentada como estaba, y puso los pies en el suelo de la habitación.

Brown se reunió con ella segundos más tarde. El joven corrió hacia la puerta situada en el lado opuesto y la abrió cautelosamente.

—No parece que haya nadie —murmuró.

Fanny miraba por encima de su hombro y pudo ver un amplio zaguán, con varias puertas. La de entrada aparecía cerrada.

A través de una de las ventanas delanteras, vieron al centinela que se paseaba aburridamente ante la casa. Pisando de puntillas, Brown cruzó el zaguán y abrió un par de puertas.

—Aquí no está —dijo, decepcionado.

—Ha muerto —murmuró Fanny sombríamente.

De súbito, Brown echó a correr hacia una puerta situada en uno de los ángulos. Quiso abrirla, pero pronto comprobó que estaba cerrada con llave.

—Vigile, Fanny —indicó.

Mientras la muchacha se acercaba cautelosamente a una de las ventanas, él sacó un pequeño destornillador y empezó a maniobrar en la cerradura. Al cabo de un minuto, dijo:

—¡Fanny, el paso está libre!

Ella corrió a reunirse con el joven. Brown había abierto la puerta y señalaba con la mano una escalera que se hundía en el subsuelo.

—Si Parker no está ahí, es que está bajo seis palmos de tierra —dijo.

Había luz en el sótano, evidentemente destinado en tiempos a bodega y a conservación de alimentos. Descendieron media docena de escalones y, de repente, oyeron una voz:

—Oiga, a ver si me trae otro libro. Les parecerá mentira, pero siempre he detestado a Shakespeare.

—¡Parker! —gritó la muchacha, sin poder contenerse.

Brown descendió a la carrera el resto de los escalones. Tendido sobre un viejo camastro, cubierto con una manta, un hombre les miraba con infinito asombro.

—¡Señorita Fanny! —exclamó Parker, estupefacto.

Brown observó que el mayordomo tenía barba de varias semanas. Asimismo sus ropas se hallaban en muy mal estado, a consecuencia del largo encierro a que se había visto sometido.

—Bueno —dijo Brown, satisfecho—, por ahora no tenemos que mermar nuestro presupuesto de alimentación para invertirlo en flores para la tumba de Parker.

El mayordomo miró a Brown con asombro. Fanny ocultó una sonrisa.

—Parker, es el señor Brown, del Yard —presentó.

—De la nueva ola de Scotland Yard —puntualizó el joven.

Es un placer conocerle, señor —dijo Parker—. Y si debo a usted mi libertad, entonces he de decirle que siempre me sentiré agradecido por su noble gesto.

—Nada de noble, Parker; el Estado me paga por rescatar mayordomos secuestrados, entre otras cosas, claro. Pero no deja de ser un signo de los tiempos; en otra época hubiera rescatado a una hermosa y desvalida doncella, en poder de unos feroces bandidos...

—¿No creen que ya es hora que se dejen de ditirambos mutuos? —intervino Fanny con aspereza.

—Parker, la señorita no es partidaria de perder el tiempo hablando —dijo Brown de buen humor—. ¿Se siente con ánimos de emprender la huida?

—Sí, señor; estoy deseando abandonar este infecto sótano..., aunque si quiere que le diga la verdad, nunca he llegado a comprender por qué me secuestraron.

—Ya se lo explicaremos otro rato con más detenimiento. —Brown echó a andar hacia la salida—. Oiga, ¿de veras le disgusta Shakespeare?

—Rogándole perdón por la franqueza, diré al señor que es un autor que me revienta —contestó el mayordomo.

Brown contuvo una carcajada. De pronto, se oyeron voces en el piso superior. —¡Viene alguien!— exclamó Fanny, alarmada.

Los componentes del trío se detuvieron en el acto. Las voces sonaban cada vez más cerca y parecían emitidas solamente por dos hombres.

Brown hizo un gesto con la mano.

—Quietos —susurró.

Fanny y el mayordomo se detuvieron en el acto, Brown metió la mano en un bolsillo interior de su chaqueta, situado en un punto bajo de la prenda y sacó algo.

De pronto, se oyó un grito en el piso superior:

—¡La puerta está abierta, tú!

—¡Yo la dejé cerrada! —exclamó el que, sin duda, era el centinela avistado a la llegada.

—¿Habrá venido alguien?

—Vamos a ver...

—¡Cuidado! —gritó Brown.

Y, en el mismo momento, situado al pie de la escalera, lanzó la bomba hacia arriba.

Empleó toda su fuerza, y el oscuro huevo de metal traspasó el umbral de la puerta y cayó a un par de metros más allá. Se oyeron un par de chillidos de terror.

Luego sonaron pasos precipitados. Un par de segundos más tarde, se produjo la explosión.

El edificio trepidó. Cayó polvo del techo del sótano.

—Casi me he quedado sorda —se quejó Fanny.

—Lo siento, me olvidé decirle que se tapara los oídos —sonrió el joven.

Avanzó unos pasos y escuchó. De nuevo volvió a oír voces, aunque más atenuadas que antes.

Pero ¿quién es ese tipo, tú?

¿A mí qué me cuentas? Debieron de entrar por detrás y romper la cerradura, de otro modo, no se explica.

—Pues vaya un vigilante que estás hecho. Todo tu trabajo consistía en tener los ojos bien abiertos...

—Calla, idiota. Sea quien sea, todavía está ahí abajo con el mayordomo. Puede que nosotros estemos impedidos de entrar, pero ellos tampoco pueden salir, ¿lo entiendes?

—Eso sí es cierto, tú.

Brown se volvió hacia los otros dos:

—Temo que no habrá otro remedio que abrirse paso por medio de una carga al estilo de la Brigada Ligera —dijo.

Los ojos de la muchacha expresaron temor.

—Ellos deben de estar armados...

Brown sonrió.

—Fanny, usted olvida quién está a su lado —dijo jovialmente—. Soy el más temible pistolero al oeste del Pecos..., digo del Támesis. Se abrió la chaqueta y enseñó los dos revólveres que llevaba en sendas fundas sobaqueras.

—Y la pistola ametralladora está en el coche, porque no creí necesitarla —añadió melancólico.

Pero, de pronto, reaccionó.

—Ya es tiempo —murmuró.

Sacó otra bomba de mano, de tal modo, que a Fanny le pareció cosa de prestidigitación, y la lanzó hacia arriba, haciéndola pasar a través del hueco.

Los gritos de terror se repitieron. La granada explotó fragorosamente y, apenas un segundo después, se lanzó escaleras arriba, con las dos pistolas en las manos.

—¡A la carga! —vociferó.

Alcanzó el zaguán y lo vio desierto. Corrió hacia la puerta principal, abierta de par en par, y divisó a un coche a punto de arrancar.

—Disparó un par de tiros de advertencia. Su gesto no sirvió para nada. El coche arrancó como una centella y, aunque Brown procuró tirar a las ruedas, la distancia había aumentado con gran rapidez y no pudo conseguir los efectos deseados.

Sin embargo, había podido captar la matrícula y la anotó inmediatamente, a fin de que no se le fuera de la memoria.

—En medio de todo, no me puedo quejar —se dijo.

Pero convenía tomar nota de que los pretendientes de la joya de *lady* Agatha eran más de uno o quizá constituían una banda muy bien organizada.

Regresó a la casa.

—¡Ya pueden subir; no hay peligro!

Fanny y el mayordomo aparecieron.

—He oído tiros —dijo la muchacha.

—Fueron simples salvas de cortesía —contestó Brown con una mueca—. Ellos se marchaban y yo les despedí con unos cuantos disparos.

—¿Sabe quiénes son?

Indudablemente, no pertenecen a una organización caritativa; es todo lo que puedo decirle. Bueno, vamos, al coche. Parker ha sido rescatado y en Harlton Manor nos queda todavía mucho trabajo.

* * *

—Le he dicho a Fanny lo de su boda secreta.

Lady Agatha miró irritada a su interlocutor.

—Ese secreto no le pertenece a usted —exclamó.

—No puedo tener secretos con la que va a ser mi futura esposa —sonrió Brown.

—¿Eh? ¿Está loco? Fanny se casará con lord Bythew...

—Ella no le quiere, así que vaya quitándose de la cabeza esa idea. A Fanny los títulos nobiliarios le traen sin cuidado. Como a mí, por supuesto.

—Usted no es noble...

—¿Lo era usted antes de casarse con lord Mainwer-Cord? Puesto que no tiene más familia que Fanny, ella debía estar enterada de lo que le sucede a usted. —No me parece una actitud muy prudente— refunfuñó la anciana, irreductible. —Piense lo que le de la gana— dijo él sin inmutarse. —Pero hablemos ahora de lo que importa más: el chantaje.

—Sólo hay una forma de evitarlo, muchacho.

—Entregando la... la copa, ¿verdad?

—Así es —suspiró *lady* Agatha.

—¿Puedo hacerle una observación, señora?

—Sí, claro.

—Usted no hace vida de sociedad.

—Nunca me gustó demasiado y ya, una vez muerto mi segundo esposo, me retiré a Harlton Manor, de donde, se puede decir, no he vuelto a salir.

—Bueno, entonces, ¿qué diablos le importa que la gente se entere de que tuvo un hijo hace treinta años?

—Treinta y uno —corrigió ella.

—Un año más no tiene importancia, *milady*. Pero tendrá que permitirme usted que le diga que es una mujer apocada y sin espíritu. ¿Es que no sabe ponerse por encima de los rumores y la maledicencia? ¿Qué le importa a usted lo que digan los demás? ¿Acaso los otros están en condiciones de tirar la primera piedra? Y su hijo, repito, no corre ningún peligro.

Lady Agatha murmuró algo entre dientes. Luego dijo:

—Así, pues, usted opina que no debo ceder.

—Bueno, distingamos. Cederá, pero falsamente.

—No entiendo.

—¿Dónde tiene la carta del chantajista?

La anciana se la entregó. Brown leyó el mensaje nuevamente y luego continuó:

—Aquí se dice que dentro de tres días recibirá usted una nueva carta, con instrucciones para la entrega de la joya. Avíseme inmediatamente, apenas la tenga en su poder.

—Sí, lo haré.

—Y no se preocupé de más; del resto me encargo yo.

Brown se dirigió hacia la puerta. Antes de que saliera, *lady* Agatha le llamó:

Un momento, por favor.

El joven se volvió.

—¿*Milady*?

Ella sonreía suavemente.

—Gracias por haber rescatado a Parker. Le aprecio mucho y hubiera sentido infinito su muerte —dijo.

—Rescatar mayordomos en peligro es parte de mis deberes, *milady*

—contestó Brown solemnemente.

CAPÍTULO IX

—Le felicito, Brown —dijo Bythewell.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Ya me he enterado de su valiente intervención al rescatar a Parker. Pero más que todo, por su intuición al sospechar la verdad.

—Oh, no tiene ninguna importancia. Cuando se pertenece al Yard, las cosas más difíciles resultan de una transparencia cristalina. Por ejemplo, en este mismo momento estoy en condiciones de adivinar la profesión del señor Lane, aquí presente.

—¿De veras? —dijo el aludido, sonriendo burlón.

—Tengo un ojo clínico infalible. Pero hay momentos en que conviene hacer apuestas; eso da más aliciente a la adivinanza.

—¿Una libra? —propuso Lane.

—Yo también apuesto —dijo Bythewell—. ¿Qué es mi amigo?

—Experto en obras de arte. ¿Me equivoco?

Con gesto solemne, Lane metió la mano en el bolsillo y sacó un billete. Bythewell hizo lo mismo.

—Ha ganado usted —dijo el primero.

—Con hombres de su clase, Scotland Yard puede sentirse orgulloso —añadió Bythewell.

Fanny entró en aquel momento.

—¿De qué se habla? —preguntó jovialmente.

—Acabamos de hacer una apuesta. El señor Brown la ha ganado —dijo Bythewell.

—¿Qué clase de apuesta, Algy?

—Adivinó mi profesión, señorita —contestó Lane.

—Es un hombre muy listo, Fanny —calificó Bythewell.

—No hay tontos en el Yard —aseguró Brown con solemne acento—. Y ahora, si me le permiten...

Brown abandonó la sala y se dirigió hacia la puerta. Salió de la casa y se dirigió hacia el garaje.

Su coche estaba allí guardado. Se sentó tras el volante y lo hizo arrancar, después de varios estampidos, que sonaban casi como cañonazos.

Fanny llegó cuando ya se disponía a marcharse.

—¡Eh, aguarde! —gritó—. Quiero ir con usted.

Brown la miró sonriendo.

—¿Le gustan las aventuras? —preguntó.

—Empiezan a gustarme, sí, señor —contestó ella—. ¿Adónde va?

—A beberme una cerveza en El León Rojo, en Westerding. También tiraré unos cuantos dardos. Si le agrada el plan...

Mientras el coche rodaba ruidosamente hacia la salida del parque, Fanny le miró de reojo.

—¿Sólo va a beberse una cerveza? —preguntó, desconfiada.

Brown sonrió maliciosamente.

—¿Por qué no tiene un poco de paciencia? —dijo.

Ella hizo un gesto de resignación.

—Está bien, tendré paciencia —contestó.

El coche rodaba a una velocidad mesurada, agitándose de vez en cuando con ominosos traqueteos. Los estampidos del motor parecían disparos.

—Oiga, ¿es que no gana lo suficiente para comprarse un coche mejor, aunque sea a plazos? —preguntó Fanny al cabo de unos momentos.

—Se toma cariño a las cosas y resulta difícil desprenderse de ellas

—respondió el joven sentenciosamente—. ¿Y, para qué quiero otro coche mejor? ¿Para correr más?

—¿Qué pasaría si, de repente, tuviese que perseguir a unos criminales?

—¿Quiere saberlo?

—Sí, claro...

La mano derecha de Brown tocó una palanquita en el aparentemente ruidoso cuadro de mandos. Luego movió la palanca de cambios y, acto seguido, pisó el acelerador a fondo. El coche arrancó como un cohete. Fanny creyó que el estómago se le pegaba a la espalda.

—Cielos —dijo, admirada.

Lanzó una mirada al velocímetro. Marchaba casi ciento setenta kilómetros a la hora.

Brown sonrió y redujo la velocidad. Fanny estaba sin aliento.

—Es usted un hombre increíble —calificó.

—Querida, no conviene fiarse de las apariencias —respondió él,

maliciosamente—. El motor está trucado, simplemente. —¿Y los estampidos de tubo de escape?

—Hay una maquinita que los produce cuando yo quiero. Eso le da más apariencia de vetustez al cacharro. Engaña mucho a la gente, ¿sabe?

Fanny se reclinó en el asiento.

—A mí me engañó, por supuesto —admitió.

El coche estaba detenido frente a la posada. Brown lo vio, pero mantuvo su apariencia normal.

—¿Tomará cerveza, Fanny? —consultó.

—No, una taza de té —respondió la muchacha.

Brown cortó el contacto y se apeó. Entró junto a Fanny y los dos tomaron asiento en una mesa.

La *barmaid* vino a tomar el pedido. Con el rabillo del ojo, Brown vio a un sujeto que hablaba por teléfono en un rincón del local.

Al cabo de unos segundos, el individuo colgó el teléfono y se dirigió hacia la salida. Brown lo dejó pasar y luego se puso en pie y caminó tras sus pasos.

El hombre se sobresaltó muchísimo cuando vio asomar el cañón de un revólver por la ventanilla.

—¡Eh! ¿Qué... qué sucede? —exclamó, amedrentado.

Brown sonreía.

—Tenemos que hablar, tú —dijo.

La cara del sujeto se puso gris. Aquella respuesta le hizo comprender la identidad del hombre que le amenazaba.

Sí, soy el agente Brown, del Yard, el mismo que rescató a Parker —confirmó el joven—. Pero como la calle Mayor no es el sitio más adecuado para hablar, ahora mismo nos iremos a un sitio más cómodo... por ejemplo, al punto donde pensabas encontrarte con el otro sujeto que estaba contigo hace dos días, en la granja de Keyhane.

La mano izquierda de Brown entró a través de la ventanilla y se apoderó de una pistola que estaba en su funda sobaquera. Luego quitó la llave de contacto.

—Para que no escapes, mientras yo me acomodo detrás de ti —explicó.

Fanny salió de la taberna.

—¡Eh, Pete! ¿Adónde va? —preguntó a gritos. Brown hizo un

ademán con la mano izquierda—. Entre, hay sitio para usted también —contestó.

Cuando estuvieron dentro del coche, Brown devolvió a su dueño la llave de contacto y preguntó:

—¿Dónde pensabas encontrarte con el otro?

El hombre vaciló. Brown hizo presión en su nuca con el cañón del revólver, alargado por el silenciador.

—¿No quieres contestarme? —insistió.

—Bah, un hombre del Yard no hace ciertas cosas —contestó el sujeto despectivamente. Brown desvió ligeramente el cañón y apretó el gatillo. La bala rozó la mejilla izquierda de su prisionero y perforó el parabrisas. Se oyó un grito de susto.

—¿No has oído hablar nunca de la nueva ola de Scotland Yard? —dijo el joven burlonamente—. La tradición no cuenta para nosotros; sólo los resultados. ¿Entendido?

El prisionero arrancó.

—A una milla de Westerding —dijo por fin, muy pálido.

—Así me gusta la gente, con ánimo de cooperar. Y, por cierto, a la señorita Reid y a mí nos gustaría conocer tu nombre.

—Mike McTull —contestó el prisionero hoscamente.

* * *

Estaban los tres en pie, fuera del camino, a unos veinte pasos del mismo, entre unos arbustos. El bosque era muy espeso y les ocultaba por completo a la vista de los transeúntes.

McTull parecía muy nervioso.

—¿Qué te pasa? —preguntó Brown, sonriendo—. ¿Temes algo?

McTull contestó una insolencia. Brown le arreó una patada en el tobillo.

—Modérate, estúpido; estás en presencia de una dama —dijo, irritado, mientras el otro daba saltos sobre un solo pie.

—Es que no hay derecho... —se quejó McTull.

—¿Acaso hay derecho a tener secuestrado a un hombre durante casi un mes? Por cierto, ¿cómo te salió el asunto?

—Me lo propuso Ross Horran.

—¿Cuánto le pagaba? —intervino Fanny.

—Cinco libras diarias y los gastos de comida.

—No está mal. Pero tú sabes perfectamente que Horran no trabajaba por cuenta propia —dijo Brown.

—A mí nunca me dijo nada...

—¿Seguro?

—Yo no sé más que lo que ya le he dicho —refunfuñó McTull.

—Entonces, ¿qué diablos hacías en la posada?

—Llegué un poco antes y decidí tomar un trago.

—Pero hablaste con alguien por teléfono.

—Sí, con Horran.

—¿Qué te dijo?

—Me indicó este lugar para el encuentro. No sé más.

—Mike, no te creo.

McTull se encogió de hombros.

—Es todo lo que sé —contestó, hosco.

—Miente —adivinó Fanny.

—Como un bellaco —sonrió Brown—. Lástima que no dispongamos de tiempo suficiente; de lo contrario, lo colgaría por los pulgares de la rama de un olmo.

—Oiga, usted no... —dijo el prisionero, muy pálido.

—Quiero resultados y no me importa cómo conseguirlos. Esperaremos a que llegue tu amigo y sin ninguno de los dos habla en el primer momento, luego sacaré las cuerdas para colgarlos de una rama. No se pasa bien cuando los pulgares soportan el peso del cuerpo, créeme.

McTull sudaba. Fanny miró a Brown y adivinó que el joven exageraba, sin duda con ánimo de impresionar al prisionero.

De repente oyó el ruido del motor de un automóvil. Brown agarró a McTull por un brazo, a la vez que le ponía en el costado el cañón de su revólver.

—Cuidado con lo que haces o te costará caro —advirtió.

El coche se detuvo a poca distancia.

Un hombre se apeó y miró a derecha e izquierda.

—¡Mike! —gritó.

—Conteste, pero no diga nada de nosotros —indicó Brown.

McTull tragó saliva. Luego, con voz temblorosa, dijo:

—¡Aquí, Ross!

Horran miró recelosamente hacia el lugar de donde procedía la voz. Súbitamente, dio unos pasos a su izquierda.

Entonces vio que McTull no estaba solo. Rápidamente, sacó una pistola y empezó a disparar.

McTull chilló agudamente.

Brown lanzó un grito:

—¡Al suelo, Fanny!

La muchacha no se lo hizo repetir dos veces. Brown se arrodilló y contestó al fuego de su enemigo, pero los arbustos le estorbaban la visión y los primeros disparos se perdieron estérilmente.

Horran retrocedió, sin dejar de hacer fuego. De pronto, se dio cuenta de que las cosas se le ponían mal, dio media vuelta y echó a correr.

Brown se lanzó en su persecución. Vagamente, se dio cuenta de que McTull estaba caído en el suelo, pero no prestó demasiada atención al detalle.

Corrió velozmente detrás de Horran, quien parecía haber perdido la serenidad y huía a campo traviesa. Brown se dio cuenta de que Horran se dirigía hacia una loma de escasa altura, muy abundante en vegetación.

—Si no le alcanzo, se me escapará —masculó.

De repente, vio que Horran se detenía en seco.

Brown corrió unos metros más. Luego, presa de un súbito presentimiento, se lanzó a su izquierda, guareciéndose tras la protección de un gran olmo.

Horran se desplomó al suelo. Casi en el mismo instante, algo chocó con enorme fuerza contra el tronco del árbol.

El olmo recibió dos impactos más. Brown se asomó ligeramente y miró hacia la cumbre de la loma.

La espesura apenas si le permitía ver. El desconocido tirador estaba tumbado en el suelo o muy bien escondido.

—Y usa un rifle de largo alcance, con silenciador —dedujo.

Los disparos no se habían oído en absoluto. Prudente, esperó todavía unos minutos.

Luego se acercó a Horran. Torció el gesto; aquel individuo ya no hablaría. El orificio que tenía en medio de la frente era altamente revelador.

Regresó junto a la muchacha. Fanny le dio otra mala noticia:

—McTull ha muerto —dijo, muy pálida.

CAPÍTULO X

—Esta joya nos está creando demasiados conflictos —dijo *lady* Agatha.

—Yo opino que quien los crea es el policía —manifestó Bythewell hirientemente.

—No digas eso, Algy —protestó Fanny—. El señor Brown es un hombre muy inteligente.

—*Lady* Agatha, ¿va a estar aquí muchos días ese hombre? —preguntó Bythewell afectadamente.

—No lo sé. ¿Por qué lo dices?

—Es una catástrofe andante. Cada paso que da, un muerto. No me gustaría que me sucediese nada malo, por estar a su lado. Francamente, el agente Brown me está haciendo sentirme supersticioso.

—Tú le tienes antipatía, Algy —dijo Fanny.

—Creo que expreso la realidad. Siempre procuro ser imparcial en mis juicios. Y mi amigo Kent también piensa lo mismo. ¿No es así? Lane, silencioso hasta entonces, hizo un gesto de asentimiento.

—Estoy de acuerdo con Algy —declaró.

Hubo una corta pausa de silencio. Lane volvió a hablar, antes que ninguno de los presentes.

—*Lady* Agatha, me gustaría darle un consejo. O, por lo menos, desearía que me permitiese expresar mi opinión sobre este asunto.

—Hable, señor Lane —accedió la dueña de Harlton Manor.

—Venda esa joya. Puede pedir sin dificultad por ella de tres a cuatrocientas mil libras. Es una suma más que respetable. Bien empleada, le produciría no menos de veinticinco mil libras anuales de renta. Ése es mi consejo, *milady*, absolutamente sincero y desinteresado.

La anciana vaciló.

—¿Qué dices tú, Fanny? —consultó.

—No —contestó la muchacha.

—Perdona que te contradiga, Fanny, pero la dueña de la joya es tu tía —intervino Bythewell.

—Expreso mi modo de pensar, simplemente —respondió Fanny con frialdad en la voz—. Pero, como es lógico, no puedo impedir que mi tía venda el vaso.

—¿Me lo comprarías tú, Algy? —preguntó *lady* Agatha.

—Habría con Rex Myler, mi socio —contestó el aludido.

—No sabía que el señor Myler fuese tu socio, muchacho.

Bythewell emitió una sonrisita de circunstancias.

—Digamos mejor que yo soy su socio, aunque mi participación en el negocio de antigüedades es casi simbólica —contestó.

—Vamos, has prestado tu apellido a la firma —adivinó Fanny.

—Pues, sí, no me pareció mal hacerlo, muchacha.

—Como si fuese la venta de una marca comercial, ¿eh?

—Fanny, no seas desagradable —respondió *lady* Agatha.

Oh, déjela, no tiene importancia —sonrió Bythewell—. Estábamos hablando de la posible venta del vaso.

Lady Agatha se puso en pie, apoyándose en el bastón para hacerlo con más facilidad.

—Dame un par de días para pensármelo, muchacho —dijo.

—Oh, sí, no hay inconveniente —accedió Bythewell con acento lleno de benevolencia. La anciana abandonó la sala. Lane dijo que se iba a la biblioteca, donde había buenas obras de arte.

Bythewell y Fanny quedaron solos.

—¿Quieres que demos un paseo por el parque? —propuso él.

Fanny vaciló un instante, pero luego pensó que no debía ser demasiado descortés con el hombre, aunque no le simpatizase demasiado.

—Sí, como gustes —accedió.

* * *

Estaba sentado en un butacón, con los pies encima de un almohadillado escabel y los ojos cerrados. *Lady* Agatha le contempló con expresión de reproche.

—¿Así es como trabaja usted, Pete? —preguntó.

Brown abrió los ojos y sonrió. Mientras se ponía en pie, dijo:

—En mi profesión, pensar es trabajar también, mi *lady* —respondió.

—Bien pero al menos podía decirme en qué estaba pensando.

—No hay inconveniente *milady*. Pensaba en dos cosas: en el chantaje y en la boda con su primer esposo.

Una expresión de pena apareció de pronto en el rostro de la anciana.

—No hay documentos que lo prueben —dijo.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Se le ha ocurrido investigar alguna vez?

—Escribí hace años a Harnell-on-Dryne. El vicario de la parroquia murió.

—Pero debe de haber un registro de matrimonios, bodas y defunciones, me imagino. Los párrocos rurales son muy cuidadosos al respecto.

—Sí, es cierto. Sin embargo, el sucesor del vicario me escribió que ese libro había desaparecido, robado sin duda, aunque no imaginaba cómo ni quién pudo hacerlo.

—Perfectamente. Dejemos ahora a un lado ese asunto. ¿Qué hay del chantaje?

—Pete, me ofrecen cuatrocientas mil libras por la joya. ¿De vender?

—¿Quién? —preguntó.

—Algy ha dicho que hablaría con su socio, Rex Myler. Le he pedido un plazo de dos días para reflexionar.

—Pero Algy no está muy seguro tampoco de la cifra, ¿verdad?

—Así es, aunque su firme es muy fuerte...

—Pero el chantajista está antes, *milady*.

—Es verdad. El plazo expira esta noche.

Brown sonrió.

—Deje que yo me ocupe de ello, si no le importa —dijo.

—No quiero que corra más riesgos por mí, muchacho —protestó la anciana—. Bastantes peligros...

Milady, éste es mi oficio. Las instrucciones que ha recibido después del primer mensaje son muy claras al respecto. Yo me ocuparé de atrapar al chantajista.

—Pero entonces, divulgará el secreto, Pete —se quejó ella.

—¿Tanto le importa reconocer la existencia de un hijo?

Lady Agatha suspiró.

—Si al menos supiera dónde está —dijo melancólicamente.

—Algún día lo encontrará, no se preocupe. Ah, y duerma tranquila.

Brown se dirigió hacia la puerta.

—No diré que el asunto está en vías de solución, pero sí que esa

solución está menos lejana de lo que usted imagina —se despidió. Fanny regresó a poco rato de su paseo por el parque, con Algy. Brown buscó la ocasión propicia para quedarse a solas con ella.

—Tengo que pedirle algo, Fanny —dijo.

—¿Sí? ¿Otra aventura? —preguntó ella, con los ojos muy brillantes.

—Según se mire. —Brown sonrió maliciosamente—. No se escandalice, pero quiero que esta noche vaya usted a dormir a mi cama.

—¡Pete! —chilló la muchacha.

—Ya le dije que no debía escandalizarse. Lo único que quiero es que haga bulto en la cama, por si alguien se asoma, para ver si estoy durmiendo en ella.

—Ah, eso me tranquiliza. Va a salir esta noche, ¿verdad?

—Exactamente —confirmó Brown, con simpática sonrisa.

* * *

El paquete estaba en el lugar señalado por el chantajista.

Era una caja de forma cúbica, de unos treinta centímetros de lado, envuelta en papel fuerte y atada con un simple cordel. La luz de la luna permitía ver el paquete sin dificultad, al pie de un roble de grueso tronco.

Brown estaba en una rama, a cinco o seis metros del suelo. Esperaba pacientemente.

Llevaba ya una hora esperando. El chantajista no podía tardar en aparecer.

De repente, oyó unos pasos cautelosos. Alguien asomó por las inmediaciones.

Brown continuó en el mismo sitio, sin dar señales de vida. En modo alguno le convenía ser visto.

Dos hombres aparecieron ante sus ojos. Brown frunció el ceño.

La cosa se complicaba. Había esperado ver a una sola persona y no dos, como tenía a pocos pasos de distancia.

—Ah, ahí está el paquete —dijo uno de los sujetos.

—Vamos, carga con él —ordenó el otro.

—Espera un momento.

Los dos sujetos miraron a su alrededor. El primero dijo:

—No me fío del policía. Tiene cara de tonto, pero es terriblemente

listo.

—Bueno, ¿y qué? Tenemos la joya, ¿no?

—Sí, pero no me gustaría que nos siguiese. Mira a ver por los alrededores; quizá anda escondido por ahí.

Está bien.

El hombre se separó de su compañero y volvió unos minutos más tarde.

—Eres demasiado desconfiado, Rees —dijo—. A la vieja le conviene el silencio. Esa clase de mujeres lo harían todo antes de que se conociese algún desliz en su vida anterior.

—Bueno, si tú lo dices.

—Así tiene que ser, estoy seguro.

—Muy bien, vámonos. Ya tenemos la joya, así que no perdamos más tiempo.

—Aguarda un momento.

—Pero ¿qué diablos te pasa? ¿Es que vamos a estar aquí toda la noche?

—Quiero ver la joya. Tengo curiosidad por contemplar algo que vale más de cuatrocientas mil libras.

—El jefe no...

—¡Al diablo con el jefe!

El individuo rompió el cordel de un tirón y rasgó el papel. Luego levantó la tapa del cajón.

Algo explotó de pronto, sin demasiado ruido. Un chorro de líquido saltó a la cara del sujeto.

—¡Maldición! —chilló el hombre—. Pero ¿qué diablos hay aquí?

Una voz de ultratumba surgió de la caja:

—Al finalizar la cuenta atrás de diez, explotará una bomba. ¡Diez, nueve, ocho...! Los dos sujetos no perdieron más tiempo; aterrados, dieron media vuelta y escaparon a todo correr, perdiéndose en la oscuridad en contados segundos. Brown se descolgó del árbol y tiró a lo lejos una bomba de mano.

La caja, por supuesto, no contenía ningún explosivo. En un principio, Brown había querido dar una broma al hombre que abriese la caja, pero ahora tenía que seguir la comedia.

Sin embargo, no se sentía satisfecho. La trampa que había preparado no había dado el resultado apetecido.

Fanny despertó sobresaltada cuando una mano le golpeó desconsideradamente en el punto más carnoso de su anatomía.

—Oh —dijo, a la vez que se sentaba en la cama.

—Ya puede irse —dijo él.

Fanny escrutó el rostro del joven.

—Presumo que no está lo que se dice precisamente muy alegre —adivinó.

Brown se sentó en una esquina del lecho.

—Lo ha acertado —confesó.

—¿Qué le ha sucedido? Cuénteme, Pete.

—Simplemente, el chantajista no acudió. Envió a dos emisarios. Sospecho que fueron los mismos que mataron a Potter en la puerta de la taberna y luego me bombardearon el coche.

—¿Y los dejó marcharse?

—Me pillaron un tanto por sorpresa, Fanny. Por otra parte, no estaba en demasiada buena situación. No tengo espíritu de Tarzán de los monos.

—¿Qué quiere decir eso Pete? —preguntó ella, estupefacta.

—Estaba en la rama del árbol, a cuyo pie, siguiendo instrucciones del chantajista, dejé la caja que, supuestamente, contenía la joya. Cuando no se disponen de elementos adecuados, la rama de un árbol no es una posición muy ventajosa, salvo para la observación, sobre todo de noche.

—Entiendo. ¿Qué hicieron ellos?

—Abrieron la caja. Había preparado una pequeña trampa explosiva, aunque inofensiva, que lanzaría un chorro de tinta a la cara del que la abriese. Pero como no era el chantajista...

Brown explicó a la muchacha el resto de lo sucedido. Al terminar, ella dijo:

—Eso significa que la tinta tardará algunos días en irse de la cara del sujeto, Pete. —Exactamente. Pero cuando se de cuenta que no se le va con agua y jabón tan sólo, se esconderá.

—Queda el otro —dijo ella.

—También le salpicó algo. Pero ninguno de los dos era el hombre a quien yo esperaba.

—Y, ¿a quién esperaba, si se puede saber?

Brown sonrió sibilinamente.

—Como no llegó, no se lo puedo decir —contestó.

—¿Desconfía de mí? —Se picó Fanny.

—No quiero hablar sin pruebas.

—Pero sospecha de alguien.

—Evidentemente, Fanny.

—Muy bien. Me moriré de curiosidad, pero sabré ser paciente.

—Si se muere, no tendrá ocasión de ejercitar la paciencia.

Ella se echó a reír.

—No hay manera de pillarle a usted en falta —dijo alegremente—.

Está bien, váyase; quiero seguir durmiendo.

Brown se mantuvo en el mismo sitio.

—Le he dicho que se vaya —insistió Fanny—. ¿O es que pretende continuar aquí?

—Sí.

Hubo un momento de silencio. Luego, Fanny, repentinamente ruborizada, exclamó:

—Oh, perdón; no me acordaba de que no estoy en mi dormitorio.

Saltó de la cama y se puso una bata.

—Pete, ¿qué piensa hacer ahora, puesto que estima que ha fracasado? —preguntó.

—De momento, dormir a pierna suelta. Mañana, cuando me levante, iré a Londres —contestó él.

—¿A Londres? ¿Qué tiene que hacer allí? —exclamó Fanny, muy intrigada.

—Pesquisas, naturalmente —dijo Brown con acento normal.

CAPÍTULO XI

Más cómodo que llevarla en la mano, resultaba llevarla en la frente, como un minero. Sujeta así la linterna, por medio de un fleje de acero, Brown tenía las manos libres para actuar con toda comodidad.

Actuaba sin hacer el menor ruido. En una de sus manos llevaba un manojo de ganzúas, con las cuales abría todos los cajones del despacho en el que se había introducido subrepticamente.

De pronto, al abrir uno de los cajones, encontró un libro de indudable antigüedad. El rótulo que había en la portada era altamente revelador.

Brown hojeó el libro rápidamente. Una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios al cabo de unos momentos.

Ya no quiso perder más tiempo. Cerró el libro y se puso en pie.

Era hora de marcharse. Cuando se disponía a salir, oyó pasos al otro lado.

Rápidamente, saltó hacia su derecha. La puerta se abrió y un hombre entró en el despacho.

Brown le golpeó en la nuca con el filo de la mano. Fue un golpe seco, no muy fuerte, suficiente, sin embargo, para hacer perder el sentido al recién llegado.

El hombre se derrumbó, fulminado. Media hora más tarde, Johnny Rees y Brad Collins lo encontraron tumbado en el suelo.

Los dos individuos le ayudaron a reponerse. Al cabo de un buen rato, el atacado pudo abrir los ojos y entonces se dio cuenta de que estaba sentado en un cómodo butacón.

El cuello le dolía horrorosamente. Rees le entregó un vaso.

—Beba, jefe —dijo—. Esto le animará.

—Gracias, Johnny... Pero, oye, ¿qué diablos te pasa en la cara? No tendrás alguna enfermedad contagiosa, ¿verdad?

Rees lanzó una maldición.

—Es tinta de imprenta y no se va tan fácilmente —contestó—. La caja contenía una trampa de burla y una bomba. Si no nos espabilamos, Brad y yo no estaríamos ahora contándolo.

—De modo que la caja...

—Sí, jefe —intervino Collins—. Ese maldito policía se burló de nosotros miserablemente.

—En todo caso, se burló de mí —dijo el dueño del despacho, frotándose la nuca con fuerza.

—Oiga, jefe, a usted le atacó alguien. ¿Es que entraron a robar?

—No lo sé, parece que no falta nada. Todo está en orden.

De pronto, el individuo lanzó una maldición.

—¡El libro! —rugió.

—¿Un libro? ¿Qué libro? —preguntó Collins.

—Era un arma poderosa para... Bueno, eso no os importa; no os pago para que hagáis preguntas, sino para que obedezcáis...

—Pero si no sabemos lo que tenemos que hacer —alegó Rees.

El hombre a quien llamaban jefe se acercó a la mesa, contempló un instante el cajón abierto y luego le arreó un puntapié, que hizo saltar algunas astillas de madera.

—No importa —masculló—. Todavía tengo una buena baza en las manos. A condición de que me ayudéis a jugarla bien —dijo, volviéndose hacia los otros dos sujetos.

—¿Cómo? —preguntó Rees.

—Un secuestro.

Collins se estremeció.

—Diablos, jefe, eso es muy peligroso.

—Puede costarnos un montón de años de cárcel...

—Yo os facilitaré las cosas —dijo el jefe—. Y empezaré ahora mismo.

Se dirigió a una caja fuerte empotrada en el muro, tras un cuadro, la abrió y sacó un fajo de billetes.

—Mil libras —indicó—. Habrá otro tanto cuando se haya consumado el secuestro.

Rees y Collins cambiaron una mirada. Luego, el primero dijo:

—Éste es un asunto de cientos de miles, jefe. No se trata de un pequeño cuadrito o un jarrón del tres al cuarto. Mil para cada uno ahora y otro tanto cuando haya caído el pez en la red.

—Conforme —suspiró el jefe. Sacó más dinero, se lo entregó a sus secuaces y añadió—: Escuchadme bien, porque no quiero fallos; que quede bien claro, que la cosa tiene que salir bien desde el primer momento.

De repente, los dos enormes altavoces del tocadiscos que Brown había llevado consigo atronaron la silenciosa atmósfera de Harlton Manor con su feroz trompeteo que hizo temblar los muros del viejo caserón.

Parker, el mayordomo, salió asustado de la cocina, donde discutía con la señora Kears y la cocinera el menú del almuerzo. Bythewell y Lane estaban desayunando en el comedor y casi creyeron que la techumbre de la estancia se les caía encima.

Fanny compareció también en el vestíbulo. *Lady* Agatha se asomó a la puerta del dormitorio.

Brown inició un majestuoso descenso por la escalera, con una corona de laurel sobre las sienes, mientras sonaban estruendosamente los compases de la marcha triunfal de *Aida*. Fanny vio al joven y durante un momento no supo si reír o llorar.

—*Ritorna vincitor...*— cantaba el joven a voz en cuello, desafinando horrorosamente.

Bythewell dio unos pasos hacia adelante, con los puños crispados.

—Oiga usted, pedazo de estúpido...

De pronto, Brown dio un traspié y empezó a caer hacia adelante.

Los últimos peldaños fueron recorridos a trompicones, mientras braceaba frenéticamente para ver de recobrar el equilibrio perdido. Al llegar al suelo del vestíbulo, corrió unos pasos más, como disparado como una catapulta.

Iba cayéndose a medida que avanzaba, pero, en el último instante, el estómago de Bythewell frenó su marcha. Los dos hombres cayeron revueltos en confuso montón, mientras Fanny, sin poder contenerse, soltaba una alegre carcajada.

Brown se sentó en el suelo y procuró enderezarse la corona de laurel, torcida a causa de la caída. Bythewell resoplaba fuertemente, tratando de llevar aire a sus pulmones, mientras se frotaba con la mano el lugar afectado por el golpe.

—Lo siento —se excusó el joven—. Soy tan torpe en ocasiones... Pero es que me sentía tan contento...

Bythewell se puso en pie, ayudado por Lane.

—Esto es vergonzoso —dijo, colérico—. No sé cómo *lady* Agatha es capaz de permitir una cosa semejante, Fanny, deberías decirle a tu

tía...

—Estoy aquí, Algy, y debes saber que yo también estoy muy enojada —exclamó la anciana, desde lo alto de la escalera—. Señor Brown, tenga la bondad de subir a mis habitaciones privadas. Tú también, sobrina.

—Sí, *milady* —contestó Brown, muy corrido al parecer.

—Sólo espero que *lady* Agatha le pida que se marche de Harlton Manor hoy mismo —refunfuñó Bythewell, mientras se alejaba en unión de su amigo.

Las trompetas habían callado ya. Brown y Fanny emprendieron el ascenso.

—Dígale a *milady* que iré ahora mismo —manifestó Brown—. Tengo que recoger algo de mi dormitorio.

—Está bien, pero no tarde. Creo que está muy furiosa. —¿Y usted? Ella hizo un gesto ambiguo.

—Pete, ¿es usted siempre así? —preguntó.

—Y usted, Fanny, ¿es siempre tan fría y tan reservada? Ella se ruborizó violentamente.

—No hablemos de mí —dijo.

—Por el contrario, a mí me interesa enormemente.

—Pero es que no tenemos nada de qué hablar...

—Habrá tiempo de sobra. Años, muchísimos años, de cenas y decenas de años tendremos para hablar de infinidad de cosas, Fanny.

—¿Qué? Pero ¿qué es lo que insinúa usted?

Brown se acercó a la muchacha y la miró de frente. Los dos rostros estaban muy juntos, casi rozándose.

—Usted tendrá que rebajar dos centímetros los tacones de sus zapatos. Yo añadiré uno a los míos y así quedamos iguales de estatura el día de la boda —dijo desenvueltamente.

—¿Cómo? ¿Pero es que cree que usted y yo...?

—Fanny, si hay algo en lo que estamos de acuerdo los dos es que usted no debe casarse con Bythewell. Modestia aparte, soy mejor candidato que él a su blanca mano. Y a lo que sigue a la mano, claro.

Ella levantó el brazo. Por un momento, sintió deseos de abofetearle, pero se contuvo.

—Estoy muy bien educada —dijo orgullosamente—. El hecho de

que le haya acompañado en alguna ocasión, no significa que haya de aceptar sus desvergonzadas proposiciones.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia el dormitorio de *lady* Agatha, taconeando vivamente.

—¡Caramba, a qué llamará «desvergonzadas proposiciones»! —exclamó él en voz alta—. ¿Qué hubiera dicho si le hubiera pedido lo mismo, pero sin boda de por medio?

Fanny oyó aquellas últimas palabras, lanzó un «¡Oh!» de rabia y se precipitó en el interior de la habitación de *lady* Agatha, cerrando a continuación de un portazo, con el que quería expresar su protesta por las últimas palabras de aquel pintoresco individuo.

* * *

Brown abrió la puerta muy despacio y asomó la cabeza cautelosamente por el hueco. Fanny hablaba con su tía, la cual se hallaba sentada en un sillón, con las piernas cubiertas por un *plaid* escocés.

—No sé, tía... Pete es desconcertante; resulta un hombre listo, inteligente, valeroso..., pero a veces se pone insoportable con su petulancia y su vanidad sin límites...

—¿Le gustaría que fuese modesto y tímido cual modesta violeta de los bosques? —preguntó de repente el mencionado.

Fanny se volvió en el acto. La anciana se colocó los impertinentes delante de los ojos, para contemplar mejor al recién llegado.

—Entre usted, joven desvergonzado —exclamó—. Y sepa que no me gusta que la gente escuche detrás de las puertas.

—Perdón, *milady*; yo escuché con la puerta abierta —corrigió Brown, sin dejar de sonreír.

—Me marchó...

Brown levantó una mano para interrumpir a la furiosa muchacha.

—Quédese, Fanny —dijo—. Quiero que vea y oiga algo de gran interés.

—Supongo que eso interesante serán las explicaciones que tiene usted que darme sobre su ausencia de tantas horas —dijo *lady* Agatha.

—En efecto, señora, para eso estoy aquí.

Fanny se fijó en que el joven tenía las manos a la espalda, como si ocultase algo. De pronto, Brown enseñó el libro que había escondido hasta aquel momento.

—*Milady*, el libro de registro de nacimientos, bodas y defunciones de la parroquia de Harnell-on-Dryne —anunció.

La muchacha quedó boquiabierta. Los ojos de *lady* Agatha se humedecieron.

—¿Cómo lo ha conseguido, Pete? —preguntó.

Brown se echó aliento en las uñas de una mano y se las frotó displicentemente contra la solapa de su traje.

—Empleé la homeopatía, eso de *similia similibus curantur*... Lo igual cura a lo igual —tradujo—. Que viene a significar, que para combatir a un ladrón, es preciso emplear a otro ladrón.

—¿Cómo? ¿Trata de decirnos que ha contratado a un ladrón para que robase este libro? —exclamó Fanny.

—Nada de eso; yo mismo fui el ladrón.

La muchacha se dio una palmada en la frente.

—Ahora sí que creo en la nueva ola del Yard —dijo, anonadada.

Lady Agatha parecía muy ocupada en hojear el viejo registro. De repente, exclamó:

—Ah, aquí está la anotación de mi boda.

—Déjeme ver, tía —pidió Fanny; pero la anciana, sorprendentemente, cerró el libro y lo apretó contra su pecho.

—No —rechazó tajantemente la petición.

Fanny miró al joven. Brown sonreía.

—Ella tiene razón —dijo.

—Por ahora, no quiero que nadie más lo vea —manifestó *lady* Agatha—. Dentro de unos días, se lo enviaré al vicario de Harnell-on-Dryne.

—Mientras tanto, convendría que lo guardase en lugar seguro, tía —aconsejó la muchacha.

—Fanny tiene razón —convino Brown.

—Sí, lo guardaré ahora mismo —accedió *lady* Agatha—. Pero el chantaje sigue, puesto que ahora, el amenazado es mi hijo.

—Su hijo está bien seguro, *milady* —aseguró el joven—. Y ya que hablamos de guardar ese libro, lo mejor sería que lo pusieran junto al famoso recipiente de Mainwer II. Con lo cual aprovecharía yo también para echar un vistazo a ese cacharro que dicen vale

cuatrocientas mil libras.

CAPÍTULO XII

Casi como en una solemne procesión, se dirigieron los tres al gabinete íntimo. La marcha era lenta, debido a que los años no permitían a *lady* Agatha moverse tan aprisa como sus jóvenes acompañantes.

—Desde luego, fue una buena idea poner un primer cierre secreto en los paneles de madera —comentó Brown—. La palanca de hierro que hay en su interior es otra protección adicional, pero temo que más de uno conoce la clave de la serie de golpes que hay que aplicar a esa puerta para que ceda el muelle de la cerradura.

—Usted parece conocerlo bien —dijo Fanny.

—No es difícil —sonrió él—. Pero convendrá conmigo en que hice algo útil.

—Todavía me estremezco al recordar el maullido de aquella noche —dijo la muchacha—. ¿Qué fue, Pete?

—Oh, un simple globo, hinchado y con un pito, como los que usan los chiquillos. La válvula estaba sujeta por la presión de los paneles, simplemente.

—¿Y el muelle con la tabla?

—Otra bromita, destinada a desanimar a los posibles ladrones. Hunt se llevó el golpe, después de que descubrimos su superchería. Cuando *lady* Agatha abrió los paneles por primera vez, me fijé en el ritmo de los golpes de su bastón. También me fijé en el espacio que hay entre la plancha protectora y la puerta de la caja fuerte.

—Ya entiendo. Bien, ahora podrá ver usted el famoso vaso del segundo conde de Mainwer.

—No crea que siento una especial curiosidad por el artefacto —dijo Brown desdenosamente.

—Es una joya de arte valiosísima...

—Yo no la usaría ni aunque me pagasen su precio en billetes de Banco.

—Sí que es usted despreciativo —comentó Fanny.

—Y Mainwer II era un tipo muy remilgado. ¿Es que no podía usar recipientes más... más corrientes?

—Claro que sí, pero si tuvo un capricho, ¿quién podía impedirselo?
—Vaya un capricho estúpido.
—Muchos nobles tenían vasos semejantes, Pete.
—Eran tan tontos como Mainwer II, Fanny. Y, además, tenían el capricho de la autoincomodidad.
—¿Por qué? El conde estimó que era suficiente.
—¿Con un cuarto de litro? Yo hubiera mandado hacerlo de un litro por lo menos. O de dos, mejor todavía.
Mientras discutían, habían llegado ya al gabinete íntimo. *Lady* Agatha dejó el libro a la muchacha para que lo sostuviera mientras abría la caja.
A los pocos momentos, *lady* Agatha tiró de la manija de la puerta del cofre fuerte.
—Bien, por fin voy a contemplar esa maravilla —exclamó Brown.
La puerta giró por completo. Fanny, situada directamente frente al hueco, lanzó un grito:
—¡No está! ¡Lo han robado!

* * *

—Hay algo que no acabo de entender del todo —dijo Fanny aquella misma noche, en un momento en que se quedó a solas con el joven.
—¿Qué es? —preguntó Brown.
—Mi tía. Está seria, pero no parece habérselo tomado muy a pecho.
—Perder una joya es duro, pero no tanto como perder a un ser querido —dijo él.
—Sí, pero... Y, otra cosa, no ha querido que avisáramos a la policía.
—¿Para qué? ¿No estoy *yo* aquí?
Fanny clavó sus ojos en el rostro de Brown y le vio sonriente.
—Sí, aunque no ha conseguido evitar el robo del vaso —alegó.
—*Lady* Agatha tiene preocupaciones mayores que la pérdida de una joya —dijo Brown—. Por ejemplo, la suerte de su hijo.
—Es curioso. Nunca le he oído hablar de él. En un principio llegué a pensar que se avergonzaba de lo sucedido, pero luego rectifiqué, al saber que fue la esposa legal de un hombre... cuyo nombre ignoro también, por cierto.
—Cuando ella lo calla, sus razones tendrá.

—Sí, eso veo —suspiró Fanny—. Bien, creo que es hora de que me vaya a la cama.

—Antes de dormirse, piense en una próxima petición de mano.

—Queda rechazada de antemano —contestó la joven tajantemente. Dio media vuelta y abandonó la sala. Al llegar al vestíbulo, vio a Bythewell hablando con *lady* Agatha.

—Mañana vendrá mi socio —decía Bythewell—. Cuatrocientas mil libras le parece un desembolso muy fuerte si ha de hacerse de una sola vez. Al contado, ofrece trescientas veinte mil, pero si usted le admitiese el pago escalonadamente...

—Hablaemos de eso mañana, Algy —contestó la anciana—. Buenas noches, Algy. Buenas noches, señor Lane.

Los dos hombres saludaron a *lady* Agatha con sendas inclinaciones de cabeza. Fanny dirigió una sonrisa a Bythewell y luego ofreció su brazo a la anciana, para ayudarla a subir la escalera.

Brown se dirigió a su cuarto poco más tarde. Pasada la media noche, cuando estaba profundamente dormido, algo le despertó. Era el frío cañón de una pistola, apoyado en su sien izquierda.

—Silencio —dijo una voz de tonos muy bajos—. No grite o le vuelo los sesos.

Brown abrió los párpados y miró a su izquierda con el rabillo del ojo.

—Un bonito despertar —comentó apagadamente.

—Lo sentimos. No es cosa personal, pero vamos a ganarnos un buen puñado de libras —respondió Rees.

—Siendo así, me mostraré altamente cooperador... —sonrió el joven.

—Vamos, menos charla —gruñó Collins—. Keyhane no cae precisamente a la vuelta de la esquina.

—Vístase, Brown —ordenó Rees—. Y recuerde, al menor gesto sospechoso, le volamos la cabeza.

—No habrá problemas, amigos —aseguró el agente.

Brown saltó de la cama y empezó a vestirse. Cuando estaba a punto de terminar, manifestó sus deseos de ir al baño contigo.

Precavido, Collins se asomó al lugar indicado y vio que la ventana era pequeña. Movi6 la pistola y dijo:

—Sea rápido, Brown.

—Sí, señor —contestó el joven.

Momentos más tarde se dejaba atar y amordazar mansamente. Rees apagó las luces y luego ayudó a descolgar a su prisionero a través de la ventana, por medio de una fuerte sogá.

—Pía resultado más fácil de lo que pensábamos —comentó Collins alegremente, ya en el automóvil, en marcha hacia Keyhane.

—En lugar de león, como nos habían dicho, resultó un corderito —exclamó Rees, a la vez que soltaba una burlona carcajada.

* * *

Fanny corrió al dormitorio de *lady* Agatha. Abrió la puerta y vio a la anciana sentada en su sillón, junto a la ventana, con todo el aspecto de estar sometida a una fuerte depresión.

—¡Tía! Parker me ha dicho que querías verme urgentemente.

Lady Agatha lloraba. Fanny se dio cuenta de que tenía un papel en la mano.

—Lo han conseguido, muchacha —dijo—. Han secuestrado a mi hijo y lo matarán si antes de veinticuatro horas no les entrego la joya.

Fanny palideció.

—Su hijo... Pero ¿quién es? Nunca lo he conocido, tía.

—¿Es que no lo comprendes? Se llama Peter Brown.

La muchacha sintió que la habitación le daba vueltas. Las piernas le flaquearon y se vio obligada a buscar una silla.

—Pete —murmuró—. Quién lo hubiera dicho...

—Su padre se llamaba Bill Brown. Nos amábamos, pero mi familia no quería esa boda... Esperamos algunos años, pero al final, viendo que la oposición no cedía, decidimos casarnos en secreto.

—Y luego nació Peter.

—Sí. Bill, su padre, murió cuando él tenía unos pocos meses, en Dunkerque. Yo había roto con mi familia; creían... que era un hijo ilegítimo y no hice nada por sacarlos de su error.

—Más tarde se casó usted con lord Mainwer-Cord.

—Cinco años después. Me sentía muy sola y mi segundo marido fue un hombre muy bueno. Le expliqué lo sucedido y consideró siempre a Peter como su propio hijo.

—Bueno, pero yo he visto que se trataban siempre como extraños.

—Es que... Ahora lo veo claro. Yo fui muy absorbente y Pete tiene

un espíritu sumamente abierto e independiente. Cuando cumplió veinte años, rompió conmigo y se marchó de casa. Yo me enfadé muchísimo con él... Pete me dijo que cuando volviese a verme, me consideraría siempre como una extraña... Los dos tenemos nuestro genio, muchacha... Ahora veo que tenía razón...

—Bueno, pero ¿qué fue lo que motivó la ruptura?

—Yo quería que se dedicase a la política. Podía haber tenido un brillante porvenir, pero él la detesta. Se marchó de casa... Siempre supe de él y en muchas ocasiones le mandé dinero, pero siempre me lo devolvió intacto.

—En mi familia no supimos nunca nada —dijo Fanny.

—Es un secreto que sólo conocíamos mi esposo y yo, aparte de Pete, naturalmente. Cuando Pete llegó a mayor, se enojó mucho al enterarse de la realidad; ése fue otro de los motivos de la ruptura. Pero las cosas estaban dispuestas de ese modo...

—Tía, tendrá que perdonarme que le diga que su comportamiento no fue el más adecuado —le reprochó Fanny—. Pero no es hora de quejarse, sino de actuar.

—¿Y qué podemos hacer, si no sabemos dónde está Pete?

Fanny se levantó resuelta.

—Hay policía —exclamó.

—Es que si interviene la policía lo matarán —dijo *lady* Agatha, angustiada.

Fanny se mordió los labios. De pronto, llamaron a la puerta. Abrió. Era Parker.

—Con el permiso de *milady* —dijo—. Señorita Fanny, acabo de volver a la habitación del señor. En su cuarto de baño, en el espejo, he encontrado el nombre de una localidad de la que, desgraciadamente, no conservo gratos recuerdos.

—¡Keyhane! —gritó la muchacha, sin poder contenerse.

Parker se inclinó.

—Justamente, señorita Fanny —corroboró.

CAPÍTULO XIII

A Brown le habían quitado ya la mordaza. Incluso, cuando necesitaba comer, le desataban las manos, aunque los tobillos continuaban ligados desde el primer momento.

Ahora estaba sentado en un viejo diván, en una sala polvorienta, con un cigarrillo en las manos. Collins vigilaba a través de una de las ventanas.

Rees estaba sentado en un sillón, jugueteando con su pistola. Brown se mantenía impertérrito, incluso sonriente.

—De modo que les han dado órdenes de tenerme aquí —dijo.

—Sí —contestó Rees hoscamente.

—Una vez estuve yo y tiré un par de bombas de mano.

—Ahora no tiene encima ni un mal cortaplumas. Y si recibimos órdenes, le rebanaremos el pescuezo.

—Me va a asustar —se burló Brown.

—Esto no es cosa de broma —rezongó el sujeto—. Va en serio —agregó Collins desde la ventana.

—¿Me harán lo mismo que a Potter, aquel tipo que resultó acribillado a la puerta de la taberna de Westerding?

—En nuestra banda, el que abre el pico, pierde el cuello —contestó Rees.

—Terrible —suspiró el prisionero—. Echaron a otro tipo a las llamas de un coche incendiado, creo.

—¿Qué podíamos hacer? Póngase usted en nuestro lugar.

—No puedo, me entran náuseas...

—Esta cochina vida... Señor Brown, ha de saber usted que yo vengo de buena familia.

—¿Sí? No me diga.

—Pero mi padre dilapidó toda la fortuna familiar...

—Con caballos, juego y queridas, y volviendo borracho por las noches a casa para pegar a su pobrecita esposa, si no le tenía preparada la cena, mientras sus hijos, entre los que figuraba usted, se agarraban asustados a las faldas de la pobre mujer. Al fin, transida por el dolor, los sufrimientos y las privaciones, aquel ángel

del hogar abandonó este perro mundo, y a usted y sus hermanitos los encerraron en un orfanato.

—¡Sí! —exclamó Rees, asombrado—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Lo he leído en los libros de un tal Dickens, y otros folletinistas por el estilo —sonrió Brown.

—Oiga, que todo lo que ha dicho usted es rigurosamente cierto —protestó el hampón.

—En ese caso... Bueno, iba a decir chóquela, pero no puede ser, porque tengo las manos atadas. Aunque su caso es distinto al mío, yo también estuve internado en un orfelinato, lejos de los cuidados de una madre...

—Bah, no me lo hará creer ni aunque me lo jure por la reina.

—Como quiera, Johnny. Pero si es cierto lo que usted ha dicho antes, cuántas lágrimas de pena derramará aquel ángel del hogar que fue su madre, desde el rincón celestial donde, sin duda, se encuentra ahora, contemplando las villanas acciones del hijo que, probablemente, fue el más amado de todos. ¿No le parece, Johnny? Los ojos de Rees se humedecieron.

—Mi pobre y santa madre me quería mucho, en efecto —convino.

—¿Y cree que ella habría aprobado todo lo que hace usted? Yo estoy seguro de que si pudiera hablarle, le diría que abandonase esta mala vida y se procurase un honrado y digno trabajo, aunque ganase mucho menos dinero. Pero, al menos, por las noches, podría dormir con la conciencia tranquila sin remordimientos no tanto por sus acciones como por el pensamiento de que está haciendo algo que a su madre no le agradaría si la pobre viviese aún.

—Sí —hipó el sujeto—, sí son muy malas acciones... Pero ¿qué puedo hacer, si nunca he aprendido un oficio decente? Claro que tampoco puse demasiado empeño...

—Porque le faltaba la sombra protectora de su angelical madre y el benéfico influjo de sus virtuosos consejos. Pero todavía es tiempo para que, rindiendo un homenaje a su santa memoria, me suelte, con lo que empezará a dar sus primeros pasos por la senda de la honradez y la decencia.

Rees vaciló. Collins soltó de pronto un gruñido.

—No le haga caso a ese idiota o te pondrá la cabeza como una olla de grillos —barbotó—. Recuerda que son mil libras más las que nos esperan a cada uno.

—O un par de tiros, como les pasó a McTull y a Horran. Su jefe está buscando algo y cuando lo consiga, ¿no cree que tratará de quitarse compromisos de en medio? —exclamó Brown.

—Oye, Brad, puede que el «poli» tenga razón —dijo Rees—. A mí no me gustaría...

Collins se acercó a los dos hombres y apuntó con la pistola al prisionero.

—Tenemos que hacer una cosa, Johnny —exclamó, muy irritado—, así que olvídate de sentimentalismos y procura que este tipo no se escape.

—No veo cómo —sonrió Brown, a la vez que levantaba las manos atadas—. Tal como estoy, la fuga me resulta imposible.

Collins le dirigió una mirada cargada de veneno.

—Tenemos órdenes de vigilarle —dijo—. Y si llega la orden de despenarlo, puede creerme, lo haremos. ¿Está claro?

—Oscurísimo —contestó el prisionero.

Collins giró sobre sus talones y se dirigió hacia la ventana. Pero apenas había dado dos pasos, sonó una voz amenazadora:

—¡Manos arriba todo el mundo o empezaré a disparar!

* * *

La voz habría resultado mucho más amenazadora, de haber sido masculina. Brown se quedó paralizado por el asombro al reconocer a Fanny.

En cuanto a Rees, levantó las manos en el acto, mientras miraba con ojos desorbitados a la muchacha, plantada en el umbral de la puerta posterior, con una ametralladora en las manos.

Collins se había quedado completamente quieto. De súbito, giró sobre sí mismo, a la vez que apretaba el gatillo de su pistola.

La ametralladora escupió una tonante ráfaga. Sorprendida por los continuos retrocesos, Fanny se inclinó hacia atrás, mientras Collins lanzaba un horrible alarido.

Las primeras balas le alcanzaron de lleno en el pecho, pero la ametralladora, manejada por manos inexpertas, empezó a levantarse. La ráfaga se produjo en sentido vertical y los últimos proyectiles alcanzaron a Collins de lleno en el rostro, que estalló en una impresionante lluvia de sangre y huesos destrozados.

Fanny terminó por caer de espaldas. La metralleta se le escapó de las manos y dejó de disparar. El silencio volvió a la casa.

Brown y Rees se habían encogido al sonar los primeros estampidos. Cuando la metralleta calló, Brown se irguió un poco y miró al sujeto.

Rees le miró también a él. Durante unos segundos, Brown estudió las reacciones de su antagonista.

De pronto, Rees se puso en pie y corrió hacia la metralleta, de la que se apoderó, aprovechando del aturdimiento de la muchacha. Luego vino junto al prisionero.

—Hagamos un trato —dijo.

—¿Sí, Johnny?

—Yo le dejo marcharse libremente y usted se olvida de mí para el resto de sus días.

—Con condiciones, Johnny.

—¿Cuáles?

—¿Disparó usted contra Potter?

—No. Fue Collins, lo juro. Ni siquiera sabía que lo iba a hacer...

—Está bien, le creeré. Pero recuerde lo que hablamos antes; es la otra condición. Vida honrada, Johnny.

—Me costará, pero lo conseguiré.

—Así vivirá tranquilo, se lo garantizo.

Rees dejó las armas a un lado y sacó una navajita para cortar las ligaduras del prisionero. Cuando lo estaba haciendo, se oyó de nuevo la voz de Fanny.

—¡Deje a ese hombre o le haré volar en pedazos!

Brown volvió la cabeza y los pelos se le pusieron de punta en el acto, al ver a la muchacha con una granada de mano.

—¡Pero, Fanny, si lo que está haciendo es soltarme! —exclamó.

—¿De veras? —El rostro de la joven expresó de pronto un súbito terror—. Pete, he quitado el seguro de la bomba...

—El cielo nos asista —se espantó Brown—. Vamos, Johnny, desátame pronto los pies.

—Sí, señor, ahora mismo.

—Fanny, sujete bien la palanca con la mano —gritó el joven—. No la suelte por nada del mundo.

—No la soltaré..., pero dese prisa —dijo ella, temblando de pánico.

Las ataduras quedaron cortadas al fin. Brown se acercó a la

muchacha y le quitó la bomba con gran cuidado, dedo a dedo, a fin de evitar que se soltase la palanca y se disparase el fulminante.

—Pero, chiquilla, ¿es que se creía usted que iba a la guerra? —sonrió, cuando tuvo la bomba en su poder—. Metralleta, granadas de mano... Sólo le faltaba un tanque.

—Bueno, usted estaba prisionero y yo tenía que hacer algo para liberarle. Y todo esto estaba en su equipaje, ¿no?

—Por supuesto, y muy agradecido. ¿Quién le dijo que me encontraría en Keyhane?

—Parker. Leyó el rótulo que había pintado usted en el cuarto de baño con la pasta de dientes.

—Menos mal que el tubo era recién comprado —rió él.

—De modo que así lo ha sabido, ¿eh? —Gruñó Rees.

—Sí. Ustedes cometieron la imprudencia de citar Keyhane, mientras estaban en el dormitorio.

—Pero yo hubiera venido aquí de todas formas —exclamó Fanny—. Sabía que el señor Brown no podía estar en otro sitio.

Rees meneó la cabeza.

—No se puede ser rutinario —comentó amargamente—. Bien, señor Brown, creo que usted y yo hemos hecho un trato.

—Sí, váyase... Espere, tengo en la mano algo que me está quemando —sonrió el joven. Se acercó a la puerta y la abrió, estirando el brazo para lanzar la granada. Cuando el huevo de metal volaba por los aires, un coche apareció por la esquina izquierda del edificio.

La bomba explotó al otro lado del vehículo. Su conductor, terriblemente asustado, aceleró, golpeó el volante hacia su izquierda y partió como una exhalación.

—¿Quién era, Pete? —preguntó la muchacha.

—No lo sé, no le he visto la cara —mintió Brown.

Luego se volvió hacia Rees.

—Ande, lárguese y procure que su jefe no le eche el ojo encima. Ya sabe que tiene muy malas pulgas —dijo.

—Sí, señor.

El hampón escapó. Fanny se sentía extrañada.

—Parece que es usted muy persuasivo —observó.

Brown sonrió.

—Le estuve sermoneando un poco y mi discursito le hizo

reflexionar —contestó—. Tiene un alma sentimental en medio de todo, el pobre. Y a propósito, imagino que habrá venido en coche y que lo tendrá en alguna parte.

—Sí, claro..., pero me parece que nos estamos portando estúpidamente. A fin de cuentas, somos de la familia, Pete, aunque nuestro parentesco sea en tercer grado. Es decir, tú y yo somos primos segundos.

—Conque ya lo sabes, ¿eh?

—Sí, me lo dijo tu madre. Y creo que ya es hora de que volvamos a tranquilizarla.

—Muy bien, no se hable más, querida prima... y futura esposa.

—Poco a poco, Pete; no adelantes acontecimientos. Lo que acabas de decir es muy grave.

—¿Consideras grave una petición de mano?

—No, sino lo que viene después, toda una vida en común. Quiero decir, que es preciso pensarse bien las cosas y que no porque seas un rico heredero voy a caer en tus brazos, suspirando de amor y diciendo: «¡Soy tuya!». —Infame— calificó él.

—¿Cómo? Me llamas...

—La frase es infame, digna de los peores folletines. Y tienes que saber de una vez que el dinero de mi madre no me importa en absoluto. ¿O no te ha contado ella lo que pasó entre nosotros? ¿Es que no ves que he sabido crearme una posición por mí mismo?

—Hombre, sí, pero...

—No estoy encargado de este caso por simple coincidencia. Y, modestia aparte y a pesar de lo que tú juzgas mis acciones estrafalarias, tengo muy buena fama en el Yard. Me gusta la profesión y no pienso dejarla, así que ya sabes lo que te puede pasar si te casas conmigo.

—Si lo hago, seré la esposa de un policía.

—Inspector, cuando termine el caso —sonrió él—. Pero no hablemos más; tenemos que regresar cuanto antes a Harlton Manor. Secretamente complacida, Fanny sintió en su brazo la recia presión de los dedos del joven. Era una mano fuerte, segura, en la que se reflejaba la decisión de su dueño.

«Sospecho que acabaré por convertirme en la esposa del inspector Brown, de Scotland Yard», pensó.

Cuando el coche arrancaba ya, le hizo una pregunta:

—Pete, ¿estaba enterado Parker de..., bueno, de que eres el hijo de *lady* Agatha?

—Naturalmente. El que no lo sabía era Charley Hunt. Por eso sospeché muy pronto de la suplantación, ¿comprendes?

Brown guiaba el coche. Suspirando, llena de alivio, Fanny reclinó la cabeza en el respaldo del coche.

—Sí, querido —contestó.

CAPÍTULO XIV

Con gesto afectado, Rex Myler contempló el contenido del vaso alto que tenía en la mano derecha, antes de llevárselo a los labios. Después de tomar un sorbo, dijo:

—En resumen, *milady*, mi oferta máxima, al contado, sube a trescientas treinta mil libras. Comprenda, señora, que es una inversión muy fuerte y que habrá de pasar algún tiempo antes de que recupere ese capital. Ahora bien, si me concede seis meses de plazo, podría subir la oferta a cuatrocientas mil.

Lady Agatha escuchaba en silencio al comerciante en antigüedades. Algy Bythewell estaba sentado en un butacón, como apoyando con su presencia los argumentos de su socio.

La puerta del salón se abrió de pronto, interrumpiendo la perorata de Myler.

—Perdón, *milady* —dijo Lane—. Señor Myler, tengo necesidad de hablar urgentemente con usted.

—Un momento, Kent —contestó el aludido—. Con el permiso de *milady*.

—No faltaría más —accedió ella.

—Yo me quedaré aquí en tu lugar, tratando de convencerla —sonrió Bythewell.

Myler se dirigió hacia la puerta y escuchó las confidencias que Lane le hacía en voz baja. Su cara se crispó durante un segundo, pero, casi en el acto, recobró su expresión habitual.

—Está bien, procura permanecer al tanto —indicó—. Creo que no tardará en volver.

—Sí, señor.

Myler se volvió hacia adentro. *Lady* Agatha se había puesto en pie.

—Algy, creo que me voy a retirar a descansar unos minutos —manifestó—. Señor Myler, considérese mi invitado con toda confianza.

—Muy amable, *milady* —respondió el comerciante.

La anciana salió al vestíbulo y se dirigió hacia la escalera que conducía al piso superior.

Antes de poner el pie en el primer escalón, se volvió hacia la pareja.

—Por supuesto, consideraré su oferta, señor Myler —dijo.

—¿Piensa pagarte mucho, mamá? —Sonó de pronto la voz de Peter Brown.

Bythewell palideció intensamente. Myler se quedó parado, mientras el joven, seguido de Fanny, avanzaba unos pasos en el vestíbulo, después de salir por la puerta que conducía a la cocina.

—Ofrece trescientas mil, hijo —contestó la anciana.

—Demasiado por un objeto tan prosaico y destinado a un uso tan poco distinguido como es un vaso de noche —comentó el joven irónicamente—. Pero usted no pensaba ni de lejos pagar una suma semejante, ¿no es cierto, señor Myler? Lo primero que habría que ver es si dispone de ese dinero, cosa que, según mis informes, y proceden de fuentes directas del Yard, no es cierta.

Myler hizo un esfuerzo y sacó el pecho.

—Señor Brown, usted me insulta... —Trató de protestar.

—Estoy diciendo la verdad, de modo que no es insulto —contestó el joven, impasible—. Todo lo que ha estado haciendo usted no era más que una comedia, destinada a cubrir las apariencias. Porque, en realidad, pensaba obtener la joya por cualquier procedimiento, menos por el honesto de pagar su justo valor, caso de que *lady* Agatha hubiese accedido a la venta.

—No entiendo nada de lo que me dice —exclamó Myler, con acento de protesta.

—¿Tampoco tú, Algy Bythewell, encubridor, con tu presencia, de un ladrón y asesino como Kent Lane?

Bythewell carraspeó.

—*Milady*, su hijo nos insulta...

—Eres el eco de Myler, un pobre estúpido. Y no has pasado de ser un pelele en sus manos —dijo Brown despreciativamente—. Por cierto, señor Myler, ¿le duele el cuello todavía?

Myler emitió un gruñido de ira. El joven se echó a reír.

—Hace muchísimos años usted fue el administrador, secretario y hombre de confianza de lord Mainwer-Cord, por eso se enteró del secreto de mi origen. Pero mi padrastro acabó echándole a usted por ciertas irregularidades en las cuentas. Luego se metió en el negocio de antigüedades, a fin de cuentas, aquí había aprendido bastantes cosas... y le fue bastante bien, hasta que empezó a

considerar que tenía poco. Entonces fue cuando comenzó con el negocio de contrabando de obras de arte.

Brown se volvió hacia Fanny.

—Ése era el caso que yo tenía asignado y por el cual se me envió a Harlton Manor —añadió, a guisa de explicación.

Fanny hizo un gesto de aquiescencia. El joven continuó:

—La célebre joya del segundo conde Mainwer les interesaba muchísimo. Tal vez algún coleccionista chiflado quería poseerla..., aunque también es un antojo disparatado. Pero usted quería conseguirla gratuitamente o poco menos, porque, a fin de cuentas, tenía que pagar a su pandilla y eso costaba dinero.

»Empezaron con el secuestro de Parker, maravillosamente suplantado por Hunt, hasta el punto de que yo mismo fui engañado. Pero es que ya hacía algunos años que no le veía y los leves cambios que observé en él no me extrañaron en un principio. Sin embargo, alguien que pertenecía a la pandilla, un tal Shaine, concibió la idea de apoderarse de la joya para sí, pero fue sorprendido por Hunt, quien lo apuñaló, dejándolo luego tendido en la biblioteca.

»Luego rescaté a Parker, aunque antes llegaron Algy y el señor Lane, con ánimo, sin duda, de supervisar las “operaciones”. El señor Lane intentó cierta noche forzar la caja, pero se encontró con la alarma del globo con pito y escapó. Ah, y no nos olvidemos tampoco del sujeto que quiso matarme, a través de la ventana, aunque yo dramaticé un poco el incidente, diciendo que quería matar a *milady*. Pero el tipo venía a tiro hecho, venía a suprimir no al agente Brown, sino al hijo de *milady*, un peligroso obstáculo en los planes de usted, señor Myler.

El comerciante se echó a reír.

—Tiene usted una fantasía desbordante, amigo mío —dijo—. ¿Y qué más disparates se le ocurren?

—Quizá la policía está registrando ya su tienda, en donde en algún escondite, hallarán algunas obras de arte que no le pertenecen de un modo legal. Pero hay otras acusaciones contra usted: la de asesinato, la principal de todas ellas.

—¿Asesinato yo? —rió Myler—. Vamos, no se burle...

—No me burlo, amigo mío. Usted fue el que estaba escondido en el jardín y disparó contra Hunt cuando escapaba. Ya no le servía, de modo que lo mejor era taparle la boca, como a otros infelices que

confiaron en usted. Por ejemplo, Potter, McTull y Horran...

Brown miró a Bythewell.

—Pobre idiota, en dónde te metiste —dijo—. Toda la vida me darás las gracias, porque hubieras acabado como los que he citado, en el momento en que le hubiese convenido a Myler. Prestabas el nombre para dar mayor honorabilidad y prestancia al negocio, pero algún día tu nombre hubiese dejado de interesar. Por cierto —se volvió hacia Myler—, supongo que McTull y Horran debían de ser como exploradores suyos, que mantenían una constante vigilancia sobre Harlton Manor.

Myler se encogió de hombros.

—No contestaré a nada más —dijo—. Y si tiene algo de qué acusarme, hágalo formalmente, como prescribe la ley.

—Muy legalista se siente usted, cuando también tenía su ley privada, la que aplicaba por medio de cierto asesino llamado Lane, con un fusil provisto de silenciador y mira telescópica. ¿Me equivoco?

Hubo un momento de silencio. Brown volvió a sonreír.

—Es el mismo que ahora me está apuntando desde lo alto de la escalera, con el fusil que he mencionado —dijo.

Y, de repente, dio un salto lateral y giró sobre sí mismo, dejándose caer de espaldas.

Lane, en efecto, estaba en el lugar indicado, pero la rápida acción del joven le pilló desprevenido y erró el blanco deseado, aunque la bala no se perdió. Pero, al mismo tiempo, Brown hacía fuego con su pistola.

Las manos de Lane perdieron su fuerza súbitamente y su arma cayó al vestíbulo. Se inclinó hacia adelante con gran lentitud, doblándose sobre el antepecho de la barandilla y luego saltó al vacío, estrellándose contra el suelo con sordo golpazo.

Bythewell aullaba frenéticamente, agarrándose con la mano el hombro izquierdo, perforado por la bala de Lane. De repente, Myler dio media vuelta y echó a correr hacia la salida.

Brown disparó de nuevo. Myler lanzó un chillido y cayó al suelo, agarrándose la pierna derecha con ambas manos.

—Fanny, llama al médico de Westerdling —indicó el joven—. Creo que va a tener bastante trabajo en esta casa.

—¿Aviso también al Yard? —consultó la muchacha.

—No hace falta; el inspector Roberts debe de estar a punto de llegar.

* * *

—Bueno, pues con el permiso de *milady*, me gustaría horrores contemplar esa joya ese... bien, ejem..., el vaso de noche de Mainwer II —expresó el inspector Roberts horas más tarde.

—A mí también —sonrió Brown—. Puede que parezca increíble, pero yo no lo he visto nunca. Claro que tampoco me interesé por semejante artefacto.

—Se lo enseñaré ahora mismo, con mucho gusto —dijo *lady* Agatha—. Lo tengo en mi habitación.

—Entonces, lo sacaste de la caja...

—Sí, las cosas se ponían feas y me pareció conveniente llevármelo a un lugar tan visible, que resultase invisible para unos posibles ladrones.

Echaron a andar. Fanny ayudaba a la anciana. Roberts agarró a Brown por un brazo.

—Oiga, no se habrá llegado ese famoso vaso de noche para utilizarlo —dijo en voz baja.

—¿Quién sabe? —contestó el joven—. Las personas mayores, ya se sabe, tienen a veces sus manías...

—Manía tiene que ser, en efecto. Habiendo cuartos de baño, no lo comprendo, Pete.

Momentos más tarde, *lady* Agatha enseñaba la joya.

—¡Pero si es una copa! —gritó el inspector.

—Claro que es una copa. ¿Qué se creía usted que era? —contestó la anciana, picada en su amor propio.

—Hombre, siempre se habló de un vaso de noche...

—Eso mismo entendí yo, mamá —terció Brown.

—Es la copa que Mainwer II usaba por las noches y que uno de sus criados tenía permanentemente llena de vino. Sobre todo, tenía que estar llena al despertar por las mañanas —explicó *lady* Agatha.

Roberts se pegó una palmada en la frente.

—Eso lo aclara todo —dijo—. Pero ¿de veras vale cuatrocientas mil libras, *milady*? —No, no vale nada, salvo que el precio que pueda

tener para la familia, de donde no debe salir— contestó la anciana con voz firme.

—Por mi parte, esa copa no me quitará más el sueño —dijo Brown—. A partir de ahora, tendré otras preocupaciones que me desvelarán más de una noche, por ejemplo, alimentar a mi esposa y a la prole con el sueldo de un inspector de policía.

—Pero usted es soltero, Pete —exclamó Roberts.

—No por mucho tiempo —sonrió el joven.

Y, de pronto, se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas, hijo? —preguntó *lady* Agatha.

—A comprar una tienda de campaña, mamá.

—¿Una tiend...? Pero ¿qué falta te hace ese trasto a ti?

—Mamá, el día que yo llegué a esta casa, hubo una chica que dijo que si yo seguía aquí demasiado tiempo, tendríamos que irnos a vivir a una tienda de campaña. Como su profecía se ha cumplido, no quiero dejarla en mal lugar, ¿comprendes?

—Espera un momento, Pete —exclamó Fanny.

La muchacha echó a andar.

—Iré contigo. Compraremos la tienda juntos, porque me parece que yo también tendré que cobijarme bajo su lona —manifestó sonriente.

Fanny y Brown desaparecieron. *Lady* Agatha y el inspector quedaron a solas.

—Un muchacho emprendedor, inteligente y valeroso, *milady* —calificó el policía—. Llegará lejos, se lo aseguro.

—La nueva ola de Scotland Yard, ¿eh? —sonrió la anciana.

Roberts se inclinó.

—Una calificación exactamente ajustada a la realidad, *milady* —contestó.

FIN



Luis García Lecha. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.